

URBANISMO MÁGICO: LOS LATINOS REINVENTAN LA GRAN CIUDAD ESTADOUNIDENSE

En algún momento del año 1996, como muy tarde, los latinos sobrepasaron a los negros y se convirtieron en el segundo grupo étnico-racial más numeroso de la ciudad de Nueva York. (Durante mucho tiempo, había sido el grupo censal más amplio del Bronx). Sin embargo, no hubo ningún festejo callejero en *El Barrio* ni en Washington Heights, ni tampoco el alcalde celebró una rueda de prensa desde las escalinatas de la Gracie Mansion. De hecho, la mayoría de los neoyorquinos continúa ignorando este punto de inflexión demográfico, anunciado por primera vez en un documento de trabajo universitario¹. No obstante, se trata de un acontecimiento que hace época: algo comparable a la preeminencia numérica de los irlandeses durante la década de 1870 o al punto más álgido de la inmigración negra a Nueva York a principios de la década de 1960.

Este cambio demográfico refleja asimismo una tendencia nacional decisiva. La salsa se está convirtiendo en el sabor –y en el ritmo– étnico predominante en otros grandes centros metropolitanos. Actualmente, en seis de las diez ciudades más grandes de Estados Unidos –Nueva York, Los Ángeles, Houston, San Diego, Phoenix y San Antonio, en este orden– los latinos superan en número a los negros; y en Los Ángeles, Houston y San Antonio, también a los blancos no hispanos. Dentro de cinco años, tanto Dallas como Fort Worth tendrán grupos mayoritarios de apellido español, mientras que en Chicago –la «Metrópoli Negra» paradigmática de Drake y Cayton– la población latina, impetuosamente emergente, aunque no sobrepasa aún la mitad del tamaño de la comunidad afroamericana, posee una influencia decisiva en la distribución del poder político en la mayor parte de las elecciones municipales. Puede que los latinos de Filadelfia se encuentren en el tercer puesto, a gran distancia del segundo grupo mayoritario, pero representan la mayoría de la afluencia de población a la ciu-

¹ Mitchell Moss, Anthony Townsend y Emmanuel Tobier, *Immigration Is Transforming New York City*, Taub Urban Research Center, NYU, diciembre de 1997, p. 1. Actualmente, ningún distrito municipal, a excepción de Staten Island, alberga ya un grupo mayoritario.

dad desde 1980. Sólo Detroit –con el sector privado más débil de todas las principales ciudades del país– va claramente en contra de esta tendencia².

En el censo general de las ciudades de más de doscientos mil habitantes, aproximadamente dos quintas partes presentan en la actualidad poblaciones más numerosas de latinos que de negros. Aunque los centros urbanos en los que los latinos están en mayoría, o constituyen la minoría más amplia, se concentran en la franja de Estados sudoccidentales, las poblaciones de apellido español han venido creciendo como setas también en ciudades en las que el vínculo histórico con lo español o lo mejicano resulta insignificante, tales como Atlanta, Milwaukee y Washington, DC. Otro ejemplo espectacular lo constituye Las Vegas, el área metropolitana con el crecimiento más rápido de la nación durante la década de 1990. Hace treinta años la resplandeciente colina desértica apenas albergaba residentes latinos y la industria de los casinos contaba con una población negra segregada para suplir la demanda de camareras y porteros mal pagados. Hoy en día, los latinos superan en número a los negros, tanto en el ámbito de los empleos «de espaldas al público», como en lo que se refiere al conjunto de la población. Si extrapolamos los actuales datos demográficos de la población en edad escolar, podemos afirmar que, dentro de una década, los latinos serán mayoría en la ciudad de Las Vegas³.

CUADRO 1 *El corazón latino*⁴

	Principales Estados latinos (1997)	Principales condados latinos* (1997)		Principales ciudades latinas (1992)	
California	9.941.014	Los Ángeles	4.000.642	Nueva York	1.783.511
Texas	5.722.535	Dade (Florida)	1.139.004	Los Ángeles	1.391.411
Nueva York	2.570.382	Cook (Illinois)	867.520	Chicago	545.852
Florida	2.105.689	Harris (Texas)	852.177	Nueva York	520.282
Illinois	1.182.964	Orange (California)	761.228	Nueva York	450.483

*Los cinco distritos municipales de la ciudad de Nueva York están considerados por el censo como condados separados

Latinización demográfica

Esta «latinización» de largo alcance de las principales ciudades grandes y medianas de Estados Unidos está siendo impulsada por un formidable motor demográfico: una población de apellido español que está creciendo al ritmo de

² Todas las estadísticas, a menos que se señale otra fuente, están extraídas de la Oficina del Censo de Estados Unidos (*US Bureau of the Census*). Carol Cropper, «New Turn in Power Struggle Over Dallas School System», *The New York Times*, 12 de octubre de 1997; y Bernard Weinstein, «An Economy in Full Swing», *Urban Land*, septiembre de 1998, p. 67.

³ Entrevista con el equipo de investigación del sindicato de cocineros (*Culinary Workers Union*), Las Vegas, abril de 1996.

⁴ Estimaciones del censo para 1992 y 1997 (septiembre de 1998).

un millón al año, cinco veces más rápido que el conjunto de la población⁵. Aunque la histeria nativista ha centrado su atención en la inmigración supuestamente «incontrolada», el crecimiento de la población latina (32 millones en el 2000) se debe en igual medida a la fecundidad más elevada vigente en el contexto de familias más amplias, que cuentan con ambos progenitores y que se mantienen con mayor éxito, circunstancia especialmente habitual entre las familias de origen mexicano (dos tercios del total de latinos). Aunque toda la inmigración se viera interrumpida mañana mismo, la población latina, espectacularmente joven (con una media de edad de 26 años), continuaría creciendo rápidamente a expensas, en términos estadísticos, de la población blanca no hispana, en proceso de envejecimiento (con una media de edad de 37 años)⁶. De ahí que, en la actualidad, tanto en California como en Texas, «José» sea el nombre más de moda para los bebés, y que haya más probabilidades de que los californianos del sur se saluden con un «¿Qué tal?» que con un «Hey, dude»⁷. Pero hay datos más importantes: los niños de apellido español representan ya un porcentaje mayor de la población nacional en edad escolar que los afroamericanos, y se espera que en algún momento del año 2000, mucho antes de lo previsto con anterioridad, la población de apellido español desplace a los negros como grupo minoritario más amplio. De hecho, el actual impulso demográfico garantizará que haya, en el año 2025, dieciséis millones más de latinos (59 millones) que de afroamericanos (43 millones). Desde entonces hasta mediados de siglo, según la Oficina del Censo, los latinos serán responsables de algo más de dos tercios del crecimiento total de la población de Estados Unidos. Poco después del año 2050 los blancos no hispanos se convertirán en un grupo minoritario. Así pues, se trata de transformaciones milenarias con implicaciones verdaderamente cruciales para la política y la cultura de Estados Unidos⁸.

Por otra parte, los latinos manifiestan una preferencia sorprendente por las grandes ciudades, que contrasta con los prejuicios de asentamiento rizomático de una nación abrumadoramente suburbana. (Sólo los asiático-americanos están más urbanizados que ellos)⁹. Con la excepción parcial de los mexicanos, que también revitalizan la vida de las pequeñas ciudades desde California —que en 1990 contaba con 72 ciudades con mayoría latina¹⁰— hasta Iowa, todos los

⁵ Centro Nacional de Estadísticas Sanitarias (*National Center for Health Statistics*), *Births of Hispanic Origin, 1989-1995*, Washington, DC, 1998.

⁶ La edad media de la población mexicana es de apenas 23 años. Oficina del Censo de Estados Unidos, marzo de 1994, CPS: Median Age of Population by Ethnicity.

⁷ Thaddeus Herrick, «Jose Most Popular Name in Texas and California», *Houston Chronicle*, 14 de enero de 1999.

⁸ Barbara Vobejda, «Catching a Demographic Wave», *The Washington Post National Weekly Edition*, 20-27 de julio de 1998; y Oficina del Censo de Estados Unidos, *Current Population Reports: Population Projections of the United States by Age, Sex, Race, and Hispanic Origin: 1995-2050* (P25-1130), Washington, DC, pp. 1-2, 14 y 16-17.

⁹ Mientras que los hispanos, como categoría censal, presentan tanto una alta tasa de natalidad como una alta tasa de inmigración, la elevada inmigración asiática queda contrarrestada por una baja fertilidad.

¹⁰ Probablemente, veinticinco ciudades más tendrán mayorías latinas en el año 2000. (Conjunto de datos disponibles en <http://migration.ucdavis.edu/hspn-cnus/cityhasp1.htm>). Véase también Elaine Allensworth y Refugio Rochin, «Ethnic Transformation in Rural California: Beyond the Immigrant Farmworker», *Rural Sociology*, vol. 63, núm. 1, 1998.

principales grupos latinos se hallan altamente concentrados en las veinte ciudades de mayor tamaño: sólo Los Ángeles y Nueva York albergan ya casi un tercio de la población nacional de apellido español. Así pues, Los Ángeles puede jactarse de ser la segunda ciudad mexicana, salvadoreña y guatemalteca más grande del mundo y, en la próxima generación, cuando su población latina metropolitana sobrepase los nueve millones, se convertirá en la tercera ciudad hispano-hablante más grande del planeta, después de DF México y Buenos Aires¹¹. La ciudad de Nueva York, entretanto, constituye la verdadera capital de Puerto Rico y la segunda ciudad de la República Dominicana. Sin este *boom* de la población latina, la mayor parte de las grandes ciudades estadounidenses estarían viéndose dramáticamente mermadas ante el acelerado éxodo blanco y, desde 1990, ante la emigración negra. «Cada una de las áreas metropolitanas de Los Ángeles y de la ciudad de Nueva York», advierte el *National Journal*, «sufrió una pérdida neta de más de un millón de emigrantes interiores desde 1990-1995». Los latinos, con la ayuda de los inmigrantes asiáticos, compensaron este éxodo hacia los centros urbanos de la periferia metropolitana¹².

CUADRO 2. *La latinización de Estados Unidos, 1950-2025*¹³

	Anglos ¹⁴	Negros	Nativoamericanos	Asiáticos	Latinos
A. Población nacional					
1995	73,7%	12,0%	0,7%	3,3%	10,2%
2025	62,4%	13,0%	0,8%	6,2%	17,6%
B. California					
1995	52,6%	6,9%	0,6%	10,7%	20,6%
2025	33,7%	5,5%	0,4%	17,4%	43,1%
C. Nueva York					
1995	66,6%	14,5%	0,3%	4,5%	14,0%
2025	53,4%	15,5%	0,3%	9,1%	21,7%
D. Texas					
1995	58,2%	11,7%	0,3%	2,2%	27,6%
2025	46,0%	12,8%	0,3%	3,4%	37,6%

¹¹ Estudio de la Asociación de Gobiernos de California del Sur (*Southern California Association of Governments*) citado en *Los Angeles Times*, 8 de marzo de 1998.

¹² Paul Starobin, «Sectional Politics», *National Journal*, 22 de febrero de 1997, p. 359. Véase también William Frey y Kao-Lee Liaw, «Immigrant Concentration and Domestic Migrant Dispersal: Is Movement to Nonmetropolitan Areas “White Flight”?», *Professional Geographer*, vol. 50, núm. 2, 1998, pp. 217-218. (Ante la pregunta que titula su artículo, «Representa el movimiento hacia áreas no metropolitanas una “evasión blanca”?», la respuesta de Frey y Liaw es afirmativa.)

¹³ Extraída del *Demographics Journal* y del Departamento de Análisis Económico de Estados Unidos.

¹⁴ En Estados Unidos, personas de origen británico o norteeuropeo. [*N. de la T.*]

Visión en blanco y negro

Sin embargo, el discurso obcecadamente binario de la cultura pública estadounidense no ha registrado todavía la significación histórica de esta transformación étnica del paisaje urbano. El vivo color de la gran ciudad contemporánea —dinámicamente asiático, así como latino— todavía se observa a través de una anticuada pantalla en blanco y negro. (Esto es casi literalmente cierto: un estudio reciente comprobó que sólo uno de cada cincuenta personajes de la televisión estadounidense durante la franja horaria de mayor audiencia es latino)¹⁵. La revuelta de Rodney King de 1992 en el condado de Los Ángeles, por ejemplo, fue interpretada universalmente según el esquema negros contra blancos, o negros contra coreanos, pese a que una mayoría de los arrestados tenía apellido español y provenía de barrios inmigrantes duramente golpeados por la recesión¹⁶. De forma similar, cuando en 1994 más de 75.000 jóvenes latinos, en denuncia del proyecto de ley anti-inmigración 187, salieron airadamente de sus institutos y recorrieron California, en la mayor protesta estudiantil de la historia del Estado, el acontecimiento fue virtualmente ignorado por los grandes medios de comunicación, pese a que una sublevación semejante protagonizada por estudiantes negros o blancos hubiera causado sensación a escala nacional¹⁷.

Por desgracia, la invisibilidad de los latinos se extiende a los estudios urbanísticos «de altos vuelos». Durante más de una década la teoría urbanística ha centrado intensamente sus esfuerzos en el intento de comprender el modo en que la nueva economía mundial está reorganizando la metrópoli. Sin embargo, la mayor parte de la bibliografía sobre la «globalización» ha ignorado paradójicamente su expresión estadounidense más espectacular. Esta negligencia, por otro lado, no se debe a la falta de riqueza de datos e ideas. Los investigadores en el ámbito de los estudios chicanos, puertorriqueños y cubano-americanos, así como los antropólogos y los especialistas en sociología urbana y en inmigración, han generado una abundante cosecha de descubrimientos e innovaciones conceptuales importantes que la teoría urbanística, *soi disant*, no ha llegado a recolectar¹⁸. Por otra parte, los estudios latinos han estado captando últimamente la atención de amplios sectores del mundo académico con sus eficaces ataques a la Gran Muralla del Excepcionalismo estadounidense, erigida durante tanto tiempo entre los estudios latinoamericanos y los «americanos»¹⁹. Este artículo explora algunas de las

¹⁵ *Los Angeles Times*, 16 de enero de 1999.

¹⁶ Joan Petersilia y Allan Abrahams, «A Profile of Those Arrested», en *The Los Angeles Riots*, editado por Mark Baldassare, Boulder, 1994, pp. 136 y 140.

¹⁷ Para una perspectiva latina de valor inestimable sobre California del sur durante las décadas de 1980 y 1990, que incluye las protestas en torno al 187, véase Rudy Acuna, *Anything But Mexican: Chicanos in Contemporary Los Angeles*, Verso, Londres, 1997.

¹⁸ Los centros de investigación más destacados incluyen el Centro de Estudios Puertorriqueños (CCNY), el Cesar Chávez Center for Chicano Studies (UCLA), el Cuban Research Institute (Florida International University) y el Center for Mexican-American Studies (University of Texas). Junto con otros ocho centros universitarios más, auspician el Programa Inter-Universitario de Investigaciones Latinas (*Inter-University Program for Latino Research*).

¹⁹ Véase Pedro Caban, «The New Synthesis of Latin American and Latino Studies», en *Borderless Borders: US Latinos, Latin Americans and the Paradox of Interdependence*, edita-

consecuencias de colocar a las nuevas poblaciones urbanas latinas en el lugar que sin duda les corresponde: en el centro del debate sobre el futuro de la ciudad estadounidense.

*Buscando América**²⁰

La metrópoli latina es, ante todo, el crisol de transformaciones de largo alcance de la cultura urbana y de la identidad étnica. Durante medio siglo los responsables del diseño del Censo de Estados Unidos se han esforzado por crear una categoría capaz de capturar con éxito a todos los individuos que comparten raíces culturales latinoamericanas distintivas, independientemente de su raza o de la lengua que emplean en el ámbito doméstico. Distintos universos estadísticos alternativos, incluida la categoría de «individuos de apellido español», se pusieron a prueba y se abandonaron a causa de la considerable sangría numérica. En el muestreo de población que se efectuó para el censo de 1990, los trabajadores del censo se limitaron a preguntar a la gente si se identificaba con alguna de las doce identidades nacionales indicadas: mexicano, puertorriqueño, cubano, etc. Los que dieron respuestas afirmativas, con independencia de lo que hubieran contestado a otras preguntas en torno a la identidad, quedaron clasificados bajo la etiqueta de «hispanos», una categoría que la Oficina del Censo de Richard Nixon utilizó por primera vez en 1980²¹.

En el mejor de los casos se trata de una conveniencia burocrática. En California, por ejemplo, se prefiere por lo general el término «latino» al de «hispano», mientras que en la Costa Este ambos calificativos son moneda común. Los especialistas, por su parte, han intentado establecer líneas de batalla entre lo que ellos identifican como diferentes políticas en el empleo de las categorías. Juan Flores, por ejemplo, condena «el carácter superficial y odioso del término «hispano» en su actual uso burocrático». En consonancia con Flores, tanto Suzanne Oboler, que dedica todo un libro a este tema, como Rudy Acuna afirman que fundamentalmente son las elites de apellido español las que prefieren el calificativo «hispano», frente a la identificación popular con el apelativo «latino». En la misma línea, Neil Foley escribe: «identificarse actualmente como “hispano” significa reconocer parcialmente la propia herencia étnica sin renunciar a la propia “blanquitud”. Por consiguiente, la identidad hispana implica una especie de blanquitud “separada pero igual”, con un toque de salsa, lo suficiente como para hacerse étnicamente sabroso y culturalmente exótico sin poner en cuestión, sin embargo, el propio privilegio racial en tanto que persona blanca»²². Geoffrey Fox, por otra parte, sostiene que el término «hispano», con su énfasis en la herencia de la lengua española

do por Frank Bonilla *et al.*, Filadelfia, 1998; *Jose Martí's «Our America»: From National to Hemispheric Cultural Studies*, editado por Jeffrey Behnap y Raúl Fernández, Durham, 1998.

²⁰ Todas las palabras que vienen acompañadas de un asterisco aparecen en castellano en el texto original. [N. de la T.]

²¹ Frank Bean y Marta Tienda, *The Hispanic Population of the United States*, Nueva York, 1987.

²² Neil Foley, «Becoming Hispanic: Mexican Americans and the Faustian Pact with Whiteness», en *Reflexiones 1997: New Directions in Mexican American Studies*, editado por Neil Foley, Austin, 1997, p. 53.

como fundamento de la metaetnicidad, no lleva implícita ninguna preocupación racial o de clase y que la mayor parte de los inmigrantes latinoamericanos sencillamente lo prefieren²³.

*Hispanidad o latinidad**

Resulta improbable que este debate se resuelva. De hecho, hay una amplia consciencia crítica de que ninguna de las dos etiquetas consigue captar el cociente decisivo de herencia indígena genética y cultural que hay en las poblaciones que describe. Originalmente, ambas metacategorías eran efectivamente imposiciones ideológicas del siglo XIX provenientes de Europa: la idea de «hispanidad» nace en la España liberal y la de «latinidad» en la Francia de Napoleón III. Por su parte, el *americanismo** omnicompreensivo de Bolívar y Martí se vio arrebatado y sometido a una empobrecedora reducción por parte de *los gringos**. La inexistencia de un término actual y consensuado que refleje de forma adecuada la fusión entre orígenes ibéricos, africanos e «indios» que varias decenas de millones de personas comparten atañe al corazón mismo de la historia del Nuevo Mundo.

No obstante, la categoría «hispano/latino» no constituye simplemente un saco artificial y racializado, como ocurre con el calificativo «asiático-americano», inventado por la sociedad mayoritaria para reunir incómodamente a individuos de los orígenes nacionales significativamente más dispares, los cuales pueden desarrollar, con posterioridad, algún tipo de identidad común imprecisa como reacción-cristalización ante este encasillamiento. Tampoco se trata de una mera estrategia de marketing –al estilo de la promoción oportunista de la década de 1980 como la «Década de lo hispano» impulsada por la derechista Coors Brewery– que explote las semejanzas nacionales superficiales en el idioma, la cocina y la moda²⁴. Ser latino en Estados Unidos significa, por el contrario, participar en un proceso único de construcción cultural. La *latinidad**, tal y como subraya Flores, no tiene nada que ver con «la indeterminación estética posmoderna. Se trata de una *práctica* más que de una *representación* de la identidad latina. Y es en este terreno en el que los latinos desarrollan su política cultural como «movimiento social»²⁵. El resultado tiene una importancia geopolítica, aunque sólo sea porque los latinos estadounidenses constituyen ya la quinta «nación» más grande de América Latina y, en medio siglo, se convertirán en la tercera, con tan sólo México y Brasil por delante. Además, dado que las grandes ciudades estadounidenses contemporáneas albergan las mezclas más diversas de pueblos latinoamericanos de todo el hemisferio, los latinos parecen destinados a desempeñar un papel central en la reconfiguración de las identidades del hemisferio, así como de las identidades nacionales de Estados Unidos.

²³ Véase Acuna, *Anything But Mexican*, p. 9; Juan Flores, *Divided Borders: Essays on Puerto Rican Identity*, Houston, 1993, p. 184; Suzanne Oboler, *Ethnic Labels, Latino Lives*, Minneapolis, 1995; y Geoffrey Fox, *Hispanic Nation: Culture, Politics and the Constructing of Identity*, Tucson, 1996, pp. 12-15.

²⁴ Xavier Totti, «The Making of Latino Ethnic Identity», *Dissent*, otoño de 1987, pp. 537-542.

²⁵ I. Flores, *Divided Borders*, *op. cit.*, p. 203.

CUADRO 3 *Los latinos estadounidenses como nación latinoamericana*²⁶
(en millones)

2000		2050	
1. Brasil	170,7	1. Brasil	241,0
2. México	98,9	2. México	144,9
3. Colombia	42,3	3. <i>Latinos estadounidenses</i>	96,5
4. Argentina	37,0	4. Colombia	71,6
5. <i>Latinos estadounidenses</i>	32,0	5. Argentina	54,5

Con independencia de la síntesis final, la realidad actual es la de una multiplicidad fluida de *latinidades** construida dentro de escenarios étnicos metropolitanos específicos. En cada una de las tres ciudades estadounidenses que han reivindicado ser la «capital de América Latina» –Los Ángeles, Nueva York y Miami– se están mezclando diferentes tradiciones nacionales y regionales.

CUADRO 4. *Composición nacional de las poblaciones latinas*²⁷ (1990)

Los Ángeles		Miami		Nueva York	
Mexicana	80%	Cubana	66%	Puertorriqueña	46%
				Cubana	6%
Salvadoreña	6%	Nicaragüense	11%	Dominicana	15%
				Mexicana	4%
Guatemalteca	3%	Puertorriqueña	6%	Colombiana	3%
				Ecuatoriana	4%

Montar la etnicidad

Pero estos mismos grupos nacionales no constituyen esencias predeterminadas. Tal y como nos han venido recordando los investigadores en materia de inmigración desde los días de la monumental obra de Thomas y Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America* (1919), las identidades que llegan a Estados Unidos se reagrupan en «eticidades» dentro del campo de fuerzas contemporáneo de la cultura mayoritaria y sus «otros». Los elementos complejos y a menudo contradictorios de las identidades previas de los inmigrantes, que incluyen acérrimas lealtades subnacionales

²⁶ CEPAL (UN), «América Latina: Proyecciones de Población, 1970-2050», *Boletín Demográfico* 62, julio de 1998.

²⁷ Censo de Estados Unidos de 1990. Lo que queda oculto en estas cifras y se ignora también en la mayoría de las discusiones sobre la identidad latina es la población que se identifica con múltiples nacionalidades o herencias, desde, pongamos por caso, la mexicano-salvadoreña hasta la cubano-coreana o la judío-ecuatoriana, y que está creciendo a gran velocidad. Lo «Otro» constituye la clave del mecanismo de la jerarquía étnico-racial estadounidense.

a la región y a la subcultura, se montan estratégicamente, y por lo general se simplifican, con el fin de construir etnicidades aprovechables frente a las reivindicaciones y las presiones rivales de otros grupos contruidos de forma semejante²⁸. La «mexicanidad» diaspórica en El Paso, por ejemplo, no significa lo mismo que ser mexicano *en la patria**, a unas cuantas manzanas al otro lado de la frontera, en la localidad gemela de Ciudad Juárez; igual que ser «dominicanyorquino [*Dominican+york*]» o «neoyorriqueño [*Nu+yorican*]» es significativamente distinto que ser dominicano en Santo Domingo o borinqueño en San Juan. (Evidentemente, no estamos aquí ante identidades exclusivas, sino ante identidades coyunturales entre las que los individuos se mueven, avanzando y retrocediendo, en itinerarios diarios o anuales.)

Las identidades étnicas tampoco son necesariamente estables en el tiempo. En Los Ángeles, por ejemplo, cada bloque generacional de jóvenes de origen mexicano ha elaborado una concepción de sí diferente frente a la sociedad anglo. Atrapados en una tierra-de-nadie angustiada entre sistemas adscriptivos de raza y etnicidad, los «mexicano-americanos» de las décadas de 1930, 1940 y 1950, manifestaban una preferencia pragmática por ser reconocidos como una minoría étnica conjuntiva [*hyphenated*] al estilo de los polaco- o italo-americanos, frente a la posibilidad de convertirse en una casta racializada como los negros o los chinos²⁹. Foley sostiene que, durante las décadas de 1940 y 1950, los mexicano-americanos firmaron un «pacto fáustico con la blanquitud a fin de vadear las peores características de la segregación Jim-Crowista»³⁰. La interrupción de la movilidad y el fortalecimiento de la «barrialización» [*barrioization*], junto con la influencia carismática del nacionalismo negro militante, llevó a los «chicanos» de las décadas de 1960, 1970 y 1980 a renunciar al asimilacionismo mexicano-americano en favor de reivindicaciones separatistas de origen indígena en un Aztlan sudoccidental³¹. A su vez, la impresionante reaparición de la *mexicanidad** en las décadas de 1980 y 1990 tiene sus raíces en la inmigración masiva y en la expansión de la esfera pública de la lengua española. (Se trata también, como veremos más adelante, de una expresión del nuevo sincronismo e intensificación estructural de las conexiones entre la mayor parte de los nuevos y viejos hábitats de los inmigran-

²⁸ En referencia a la inmensa comunidad de habla alemana de la Edad de Oro de Nueva York, Stanley Nadel escribe: «Haciendo una selección entre un amplio abanico de opciones históricamente desarrolladas, modelaron su etnicidad de acuerdo con cualquier conjunto de reglas que pareciera apropiado para el contexto concreto. Después, una vez se hubieron labrado una imagen a partir de un *mélange* de cultura, emociones e ideología, la reificaron en una identidad en apariencia atemporal», *Little Germany: Ethnicity, Religion, and Class in New York City, 1845-1880*, Urbana, 1990, p. 7.

²⁹ Mario García, *Mexican Americans: Leadership, Ideology and Identity, 1930-1960*, New Haven, 1989.

³⁰ Foley, «Becoming Hispanic», p. 53. Con el nombre de Jim Crow se designa, en Estados Unidos, la política de segregación y discriminación de los negros que fue impulsada especialmente a través de leyes aprobadas en los Estados sureños a finales del siglo XIX y que no fue puesta en cuestión hasta después de la Segunda Guerra Mundial. El término proviene del título de una canción de las plantaciones de principios del siglo XIX [*N. de la T.*]

³¹ Ignacio García, *Chicanismo: The Forging of a Militant Ethos Among Mexican Americans*, Tucson, 1997.

tes)³². Últimamente, se ha puesto en boga entre la gente joven de California del sur construir conjuntivamente la propia identidad, bien en la forma «mexicana-chicana» o en la forma «chicana-mexicana», en función de si la familia de la que provienen es de inmigrantes de primera generación o no.

Una moda posnacionalista

Algunos/as intelectuales y escritores/as chicanos/as han intentado, por otro lado, trasladar el debate sobre la etnicidad más allá de la retórica de la conjunción [*hyphenation*]. Al igual que sus homólogos del movimiento de «estudios irlandeses», están explorando el terreno que se extiende más allá de las antinomias configuradas por la colonización anglosajona o de las esencias culturales que fundamentan el nacionalismo tradicional. De hecho, algunos de los escritores de vanguardia más influyentes, como Rubén Martínez y Guillermo Gómez-Peña, han adoptado la «Frontera» —todo aquello que representa la interpenetración de formaciones sociales y que se coloca entre las opciones simples de identidad nacional— en tanto que epistemología específicamente latina y dialéctica: «Nos des-mexicanizamos para mexi-comprendernos, algunos sin quererlo, otros intencionadamente. Y un día, la frontera se convirtió en nuestra casa, laboratorio y ministerio de cultura»³³. No obstante, quizá el «posnacionalismo» deba su actual arraigo intelectual entre los chicanos precisamente a la fuerte reafirmación, durante la última generación, de la continuidad física y cultural de México en el sudoeste de Estados Unidos. Para los puertorriqueños, por el contrario, la cuestión nacional —en la mayor colonia que todavía se mantiene desde el siglo XIX— queda angustiosamente pendiente y es, en cierto sentido, insuperable: en un plebiscito reciente, la mayoría de los votantes de la isla se sumaron al «ni una cosa ni la otra» frente al «o lo tomas o lo dejas» que se planteaba entre adquirir la categoría de Estado autoaniquilado culturalmente, o acceder a una independencia económicamente inviable³⁴.

Por otra parte, estos procesos de construcción de identidad a dos niveles —el forjado de la etnicidad y de la metaetnicidad— tienen lugar en contextos regionales con un control étnico desigual sobre los medios de comunicación y los sistemas de símbolos. Con frecuencia, la programación de las 220 emisoras de radio y de las dos cadenas de televisión de Estados Unidos que emiten en español no consiguen reflejar la verdadera heterogeneidad de los mundos culturales y experienciales latinos³⁵. En Los Ángeles, por ejemplo, los salvadoreños y los guatemaltecos —así como inmigrantes indígenas tales como los zapotecas, los kanjobales y los mixtecos— luchan por defender sus identidades

³² Véase Harley Browning y Rodolfo O. de la Garza, eds., *Mexican Immigrants and Mexican Americans: An Evolving Relation*, Austin, 1986; y David Gutiérrez, *Walls and Mirrors: Mexican Americans, Mexican Immigrants, and the Politics of Ethnicity*, Berkeley, 1995.

³³ Rubén Martínez, *The Other Side: Fault Lines, Guerrilla Saints and the True Heart of Rock'n'Roll*, Londres, 1992; y Guillermo Gómez-Peña, *The New World Border*, San Francisco, 1996.

³⁴ Los ensayos de Juan Flores (*Divided Borders*) constituyen maravillosos *riffs*, al estilo de la música jazz, sobre los esfuerzos por rescatar la identidad puertorriqueña, latina y, en efecto, americana, de las garras del excepcionalismo mesiánico estadounidense y del multiculturalismo implícitamente corporativo.

³⁵ Sobre los medios de comunicación en español, véase G. Fox, *Hispanic Nation*, *op. cit.*, pp. 42-52.

específicas dentro de una cultura popular hegemónicamente mexicana/chicana. En Chicago, por otra parte, las comunidades mexicanas y puertorriqueñas exploran con gran cautela los aspectos culturales y políticos que tienen en común, empleando el *latinismo*³⁶, tal y como ha demostrado Félix Padilla, como una palanca para aumentar su influencia dentro de la maquinaria política del condado de Cook³⁶. Mientras tanto, en la Pequeña Habana de Miami, la comunidad nicaragüense, con una población estimada en doscientos mil habitantes en el condado de Dade y más pobre que otras, se impacienta ante la dominación cultural y económica de las élites empresariales cubanas. Aunque el porcentaje de cubanos entre la población de apellido español del condado de Dade descendió de un 83 por 100 en 1970 a un 66 por 100 en 1990, la agenda contrarrevolucionaria de los viejos líderes exiliados todavía ejerce un control autoritario sobre las principales instituciones culturales y mediáticas latinas de Miami e influye a su vez en la programación de la televisión nacional en lengua española, desviándola hacia *talkshows* cubano-americanos «blancos» y *telenovelas*³⁷ venezolanas³⁷.

El crisol neoyorkino

En Nueva York, por el contrario, la comunidad puertorriqueña, que en 1960 constituía cuatro quintos del total de población latina, en la actualidad, a raíz de la gran inmigración dominicana de la década de 1980 y de la nueva afluencia mexicana de la década de 1990, representa sólo dos quintos. La desaparición de un grupo dominante único ha estimulado el intercambio intercultural, así como la rivalidad entre todas las comunidades hispanohablantes de origen caribeño. De ahí que la latinización forme urdimbre y trama con la caribeñización de Nueva York. Además, la diversidad racial de los latinos neoyorquinos, que incluye a tantos puertorriqueños, cubanos y dominicanos negros, fomenta, tal y como señala Flores, una «relación más recíproca y fluida» con la cultura afroamericana³⁸. Y de nuevo, a diferencia de Los Ángeles –donde sólo el 14 por 100 del total de personas casadas de origen mexicano tiene por cónyuge a alguien de otra etnia³⁹– y de Miami, en Nueva York algo más de la mitad de las uniones de apellido español son matrimonios mixtos entre diferentes nacionalidades latinas⁴⁰. El resultado cosmopolita se traduce en un *sabor tropical*^{*}, rico y en continuo desarrollo, en la comida, la música, la moda y la lengua, siempre recién aliñado por las últimas gentes llegadas de América Latina.

³⁶ Padilla compara dos modos de construcción de la *latinidad*^{*}: el modo fundamentalmente «débil» de identificación pasiva y simbólica con una comunidad que tiene una lengua común; y el modo «fuerte» de movilización activa como bloque étnico-político. Véase *Latino Ethnic Consciousness: The Case of Mexican Americans and Puerto Ricans in Chicago*, South Bend, 1985, pp. 4-11; y también *Puerto Rican Chicago*, South Bend, 1987.

³⁷ Sobre las relaciones entre los cubanos y los nicaragüenses, véase Sheila Croucher, *Imagining Miami: Ethnic Politics in a Postmodern World*, Charlottesville, 1997, esp. p. 51; y Patricia Fernández-Kelly, «From Estrangement to Affinity: Dilemmas of Identity Among Hispanic Children», en *Borderless Borders*, editado por Bonilla *et al.*, p. 91.

³⁸ J. Flores, *Divided Borders*, *op. cit.*, p. 183.

³⁹ James Allen y Eugene Turner, *The Ethnic Quilt: Population Diversity in Southern California*, Northridge, 1997, p. 251.

⁴⁰ Véase Gabriel Haslip-Viera y Sherrie Bayer, «Introduction», en *Latinos in New York City: Communities in Transition*, editado por Gabriel Haslip-Viera y Sherrie Bayer, South Bend,

Algunos eminentes intelectuales latinos, que adoptan un neobolivarismo mesiánico, ven en este sincretismo cultural al estilo de Nueva York las semillas de nuevas identidades «criollizadas» a escala nacional e incluso hemisférica. «Irónicamente», escribe Silvio Torres-Saillant, «el desiderátum de Simón Bolívar de una nación latinoamericana unificada y el ideal defendido por Eugenio María de Hostos de una federación antillana encuentran en nosotros una forma extraña de realización. Hemos llegado a articular una identidad colectiva, pero no en nuestra tierra natal, como Bolívar y Hostos habían soñado, sino dentro del espacio inseguro de la diáspora»⁴¹. Asimismo, para Flores, los latinos constituyen la nueva contracultura estadounidense: «A medida que cada grupo y cada cultura regional se manifiesta en el nuevo escenario y se funde e interactúa cada vez más con otros en la vida cotidiana, Nueva York se va convirtiendo visiblemente en fuente de una alternativa abigarrada y vigorosa a la cultura norteamericana predominante»⁴². Ilan Stavans, por su parte, cree que la propia cultura predominante se está latinizando inexorablemente, dentro de una compleja dialéctica de intercambio transcultural entre la vieja y la nueva América. Según este autor, el aumento de «latinos *agringados*» adictos a las hamburguesas y al fútbol del viernes por la noche se equilibra tendencialmente gracias a la aparición de «gringos *hispanizados*» fascinados por el Chile y el merengue⁴³. De forma similar, el futurólogo brasileño Alfredo Valladao, maravillado ante los letrados de los almacenes de Miami y Los Ángeles en los que se puede leer «Se habla inglés», considera las nuevas «cabezas de playa» de la lengua española en las ciudades estadounidenses como laboratorios de investigación del cruce entre las culturas norteamericana y sudamericana. El resultado, según predice este autor lleno de confianza, se materializará en una nueva cultura global hegemónica: «un siglo XXI panamericano»⁴⁴.

Siamesas en la Frontera

Con cinco pisos de altura y el culo al aire, *La Mona* apuntala su estructura en el polvoriento barrio periférico de Colonia Aeropuerto, en Tijuana. Tiene el penoso aspecto, al menos a los ojos de los *gringos*, de una Estatua de la Libertad desnudada y ridiculizada para una página central del *Playboy*. En realidad, se trata de la casa de Armando Muñoz García y de su familia. Muñoz es un creador de imágenes urbanas ubicado en algún punto de la línea delirante que va de Marcel Duchamp al propietario de casinos de Las Vegas, Steve Wynn. «Dadme suficiente ferralla y un soplete de oxiacetileno», afirma con jactancia, «y alinearé gigantes amazonas desnudas a lo largo de toda la frontera». Entretanto, este artista come en el vientre de *La Mona* y se acurruca para dormir en el interior de sus enormes senos. Cuando se le pregunta por qué cons-

1996, p. XIX; y Totti, «The Making of a Latino Ethnic Identity», p. 542.

⁴¹ Silvio Torres-Saillant, «Visions of Dominicanness in the United States», en *Borderless Borders*, editado por Bonilla *et al.*, p. 141.

⁴² J. Flores, *Divided Borders*, *op. cit.*, p. 184.

⁴³ Ilan Stavans, *The Hispanic Condition: Reflections on Culture and Identity in America*, Nueva York, 1995, pp. 9 y 13.

⁴⁴ Alfredo Valladao, *The Twenty-First Century Will Be American*, Verso, Londres, 1996, pp. 48-49 y 195-196.

truyó una casa con hoyuelos y vello público, responde refunfuñando: «¿Por qué no?».

¿Por qué no?» constituye un apropiado eslogan para la metrópoli más asombrosa de la Costa oeste. Al igual que la ciudad celestial flotante de Lilibut en *Los viajes de Gulliver*, de Swift, Tijuana parece desafiar las leyes normales de la gravedad. Con una población estimada en un millón trescientos mil habitantes (en 1999), supera actualmente en tamaño a su rica hermana gemela, la ciudad de San Diego, así como a San Francisco, Portland y Seattle. Sin embargo, su economía formal y su presupuesto público apenas alcanzarían para mantener una ciudad con un tercio de sus dimensiones. La audacia popular, simbolizada por *La Mona*, cubre la diferencia⁴⁵. Tijuana, que empezó siendo, en la década de 1920, un paraíso del juego para el mundo del cine de Los Ángeles, se convirtió en una ciudad en alza durante la expansión de mediados de la década de 1960 ligada a la Guerra de Vietnam, momento en el cual la California urbana del sur comenzó a importar mano de obra mexicana a mayor escala. Aparte de algunas ciudades fronterizas mexicanas más pequeñas, la única ciudad de Norteamérica que ha duplicado este crecimiento explosivo ha sido Las Vegas; y, de hecho, las curvas de población de ambas ciudades están casi sincronizadas. La comparación resulta exquisitamente irónica, dado que fue el presidente mexicano Lázaro Cárdenas, y no Bugsy Segal, quien tiene derecho a ser considerado el verdadero fundador de la Zona: su orden de cierre del Casino Agua Caliente de Tijuana, en 1938, fue lo que puso de patitas en la calle y rumbo a Nevada a los grandes jugadores y a sus amigos de Hollywood.

CUADRO 5. *Hipercrecimiento de Tijuana y Las Vegas*⁴⁶

	Tijuana	Las Vegas (SMSA)*
1950	65.000	48.283
1960	166.000	127.016
1970	341.000	273.288
1980	462.000	461.816
1990	747.000	784.682
1996	(est.) 1.200.000	(est.) 1.100.000

*Área Estadística Metropolitana Estándar

⁴⁵ Cito aquí desvergonzadamente un análisis mío sobre la obra del colectivo de artes fronterizas, Adobe L.A.; véase «Huellas Fronterizas», *Grand Street* 56, 1996.

⁴⁶ Los datos de la parte I de la tabla están extraídos de Borderlink (*Economic Profile of the San Diego-Tijuana Region*), San Diego State University, 1994; los datos de la parte II, de Eugene Moehring, *Resort City in the Sunbelt: Las Vegas, 1930-1970*, Reno, 1989, p. 270; y de Las Vegas Convention and Visitors Authority (cifras de 1990 y 1996).

La línea y la Patrulla de Fronteras*

Puede que la frontera entre México y Estados Unidos no sea el matrimonio epocal de culturas que Valladao de hecho tiene en la cabeza, pero sí es, sin embargo, un fornido vástago bastardo de sus dos progenitores. La lengua española nos proporciona la útil distinción entre *La Línea**, frontera física y jurisprudencial, y la zona específica de más de tres mil kilómetros de intercambio cultural y económico diario que ésta determina, *La Frontera**, con una población estimada en ocho millones de habitantes⁴⁷. Como es evidente, todas las fronteras son histórica y geográficamente específicas, y *La Línea**, incluso en su presente configuración al estilo del Muro de Berlín, nunca ha estado destinada a impedir que la mano de obra emigre *al otro lado**. Funciona, por el contrario, como un dique, creando una reserva de fuerza de trabajo en el lado mexicano de la frontera a la que se recurre a través del acueducto secreto gestionado por los *polleros**, las *iguanas** y los *coyotes** –nombres por los que se conoce en la zona a los traficantes de bienes y personas– en función de la demanda de las granjas del sur de Texas, los hoteles de Las Vegas y las *sweat-shops*⁴⁸ de Los Ángeles. Simultáneamente, la Patrulla de Fronteras mantiene una dramática exhibición de fuerza a lo largo de la línea fronteriza para tranquilizar a los votantes con la idea de que la amenaza de una invasión extranjera –una fantasmagoría creada en gran parte por la propia militarización de la frontera– está siendo contenida. El resultado es una frontera cada vez más orwelliana, pero deliberadamente porosa. «Esta extraña combinación de ineficacia y fuerza en la frontera», tal y como señala Josiah Heyman, «determina los nichos que ocupan los inmigrantes indocumentados. [...] En la zona fronteriza, los inmigrantes son simultáneamente extranjeros definidos por la frontera y conciudadanos tácitos, aunque estén situados en el escalafón más bajo de la estructura de clase»⁴⁹. En el pasado, y todavía hoy hasta un extremo sorprendente, la ausencia o la no aplicación de las sanciones a los empresarios ha garantizado que sean sólo los propios trabajadores los que paguen el precio de su «ilegalidad», con deportaciones, pérdida de salarios e incluso encarcelamientos: poderosas herramientas para intimidar a los trabajadores y disuadirles de sindicarse.

La aparición en la misma frontera de una dinámica economía de *maquiladoras* –o *maquilas* en el argot de la zona– que emplea a cerca de un millón de trabajadores, el 60 por 100 de los cuales son mujeres, apenas ha servido para detener el flujo de mano de obra excedente hacia el Norte, ya que sólo México produce un millón más de trabajadores nuevos al año de los que es realmente capaz de absorber en su economía formal. Sin embargo, la industrialización de la zona ha transformado de forma espectacular la cultura de *La Frontera** y las interrelaciones entre las cerca de doce ciudades gemelas que se extienden a lo largo de la línea fronteriza, desde Matamoros/Brownsville, en el Golfo de México, hasta Tijuana/San Diego, en el Pacífico⁵⁰. El Paso/Ciudad Juárez (con

⁴⁷ Hasta un quinto de la población de algunos Estados mexicanos septentrionales reside en la actualidad en el lado norte de la frontera, *Los Angeles Times*, 31 de julio de 1998.

⁴⁸ Fábricas en las que los trabajadores están sujetos a largas jornadas de trabajo bajo condiciones inhumanas. [*N. de la T.*]

⁴⁹ Josiah Heyman, «The Mexico-United States Border in Anthropology: A Critique and Reformulation», *Journal of Political Ecology*, núm. 1, 1994, pp. 49 y 56.

⁵⁰ Daniel Arreola, de la Universidad de Arizona, (en colaboración con James Curtis) ha compara-

un millón y medio de residentes y 372 *maquilas*) y San Diego/Tijuana (con 3,07 millones de residentes y 719 *maquilas*) constituyen los dos asentamientos más grandes y dinámicos de todas estas metrópolis binacionales⁵¹. Pese a algunas diferencias evidentes, tales como el desnivel más radical que caracteriza la línea divisoria socioeconómica entre San Diego y Tijuana, estas *ciudades hermanas** se están desarrollando según trayectorias semejantes para las que apenas existen analogías en otros sistemas de fronteras internacionales⁵².

Maquinaciones en la maquila

En ambos casos la industrialización ligada a las *maquilas*—encabezada por el montaje de componentes electrónicos y de prendas de vestir en Ciudad Juárez y por la fabricación de muebles y televisores en Tijuana— ha establecido complejas divisiones transfronterizas del trabajo dentro de las redes más amplias del comercio internacional. Dentro del marco del Tratado de Libre Comercio Norteamericano [*North American Free Trade Agreement* (NAFTA)] adoptado en 1994, el capital asiático ha desempeñado un papel casi tan importante en la modernización de *La Frontera** como la inversión estadounidense. Si bien hace veinte años el aspecto más llamativo de la frontera residía en la sorprendente yuxtaposición de contrarios—el Tercer Mundo se encuentra con el Primero—, hoy en día existe una creciente interpenetración, con aspectos que rozan el realismo mágico, de temporalidades nacionales, formas de asentamiento, ecologías y niveles de desarrollo. Así, las plantas de montaje ultramodernas se extienden en la actualidad en hileras a lo largo de todo el lado sur de la frontera y los barrios de chabolas de madera vieja y papel alquitranado se convierten en un paisaje cada vez más común en el lado estadounidense. Este intercambio urbano-genético no ha hecho sino reforzar la especificidad de *La Frontera* como sistema cultural transnacional por derecho propio.

En Tijuana, ciudad en la que los gigantescos emporios japoneses y coreanos como Samsung, Sony y Hyundai dominan la economía de las *maquilas*, los parques industriales diseñados según un plan maestro y las ciudades-empresa posmodernas al estilo de la Ciudad Industrial Nueva y El Florido—pequeñas utopías con «prerrogativas empresariales ilimitadas», o lo que Devon Peña denomina «hipertoyotismo»— lindan directamente con el lado mexicano de la línea fronteriza. Los empresarios de las *maquilas* viajan cada mañana a la zona industrial de Tijuana desde ricos barrios residenciales de San Diego como Chula Vista, mientras que los tijuanaenses con tarjeta verde⁵³

do la organización espacial específica de catorce ciudades en el lado mexicano de la valla fronteriza en *The Mexican Border Cities: Landscape Anatomy and Place Personality*, Tucson, 1993.

⁵¹ Los datos de población están extraídos del *Demographic Atlas of San Diego/Tijuana*, 1996; los datos de las *maquiladoras*, de México: Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, 1998.

⁵² Véase Lawrence Herzog, *Where North Meets South: Cities, Space and Politics on the US-Mexico Border*, Austin, 1990; Oscar Martínez, *Border People: Life and Society in the US-Mexico Borderlands*, Tucson, 1994; y M. Kearney y A. Knopp, *Border Cuates: A History of the US-Mexican Twin Cities*, Austin, 1995.

⁵³ Equivalente estadounidense al permiso europeo de trabajo y residencia para extranjeros. [N. de la T.]

—oficialmente conocidos como «transmigrantes»— hacen el recorrido inverso a millares para trabajar en la economía turística postindustrial de San Diego⁵⁴. Pese al persistente abismo de renta que existe entre los dos lados de la frontera, los indicadores sociales ya no apuntan siempre en una sola dirección. Aunque más del 40 por 100 de los residentes de Tijuana, por ejemplo, carecen de sistema de desagüe y agua corriente, pueden enorgullecerse de que el 90 por 100 de su población en edad escolar asiste realmente al colegio, frente a sólo el 84 por 100 en la mucho más rica ciudad de San Diego⁵⁵.

Agua envenenada

En El Paso, por otra parte, más de ciento cincuenta *colonias** residenciales al estilo mexicano (un total de población de 73.000 habitantes), con unas infraestructuras y un suministro de agua mínimos, se extienden a lo largo de la orilla norte del Río Grande. Aquí, la persistente pobreza del lado estadounidense de la frontera equipara los paisajes residenciales a las condiciones del Tercer Mundo. «El agua potable», explica la revista *BorderLines*,

[...] se adquiere o se recoge de pozos recién cavados y poco profundos que quedan rápidamente contaminados por los desechos humanos, los pesticidas de escorrentía o los metales pesados presentes en la tierra circundante. El agua se guarda en contenedores sin tapa e insalubres: los receptáculos anteriormente empleados en las plantas industriales constituyen un método común de almacenamiento; muchos de ellos conservan todavía etiquetas que rezan «No utilizar para agua». Un grupo de investigadores descubrió recientemente una familia que usaba viejas botellas de pesticida de diez litros para almacenar el agua. La escasez supone que el agua para el baño y la limpieza se extraiga de las acequias. Los desechos del baño y la cocina se depositan, por lo general, en pozos sépticos o en pozos negros descubiertos. En la mayoría de las *colonias** no existe una recogida regular de basura. Dada la situación, las graves estadísticas sanitarias de las *colonias** no resultan nada sorprendentes.

Debido a la acusada insuficiencia de viviendas de rentas bajas en los condados fronterizos, se estima que un millón y medio de residentes estadounidenses pobres, latinos y unos pocos nativo-americanos viven en *colonias**, principalmente en Nuevo México y Texas⁵⁶.

⁵⁴ Devon Peña, *The Terror of the Machine: Technology, Work, Gender and Ecology on the US-Mexican Border*, Austin, 1997, pp. 275-276. «En las maquilas mexicanas, las transnacionales japonesas, en lugar de adaptar el régimen toyotista a las dinámicas transculturales, han integrado sus estrategias de producción, básicamente sin modificarlas, en una estructura que proporciona a la dirección una enorme libertad de acción en la mediación y el control de los conflictos industriales y en la microgestión de las luchas en las fábricas. Esto es lo que yo llamo hipertoyotismo, porque supone una estrategia que exagera tendencias que se encuentran ya en el contexto histórico japonés» (p. 276).

⁵⁵ *Demographic Atlas of San Diego/Tijuana*.

⁵⁶ «*Colonias: Problems and Promise*», *BoderLines*, vol. 6, núm. 1, febrero de 1998; y Peter Ward, *Colonias in Texas and Mexico: Urbanization by Stealth*, Austin, 1999.

La industrialización ligada a las *maquilas* y la urbanización desenfrenada han dado lugar asimismo a problemas medioambientales tan graves que la Campaña Nacional de Tóxicos se refiere ahora a la frontera como a «un *Love Canal*⁵⁷ de más de tres mil kilómetros de largo». El río de Tijuana, por ejemplo, ha venido descargando hasta hace muy poco millones de litros diarios de verdadera agua fecal en el lado sandieguense de la frontera, mientras que el Río Nuevo, que riega el Imperial Valley de California con aguas residuales mexicanas, ha sido descrito por la Agencia de Protección Medioambiental de Estados Unidos como portador de «prácticamente todos los microorganismos víricos y bacterianos conocidos en el hemisferio occidental mortales para los seres humanos»⁵⁸. A la inversa, se estima que las firmas estadounidenses envían treinta veces más residuos peligrosos hacia el sur que las firmas mexicanas hacia el norte, pese a que el reglamento del NAFTA proscribe el dumping medioambiental y exige que los derivados tóxicos de los procesos de montaje se reciclen en el país que produce el componente o materia prima⁵⁹. Por otra parte, el emplazamiento de tantas *maquilas* sedientas a lo largo de la árida frontera ha transformado la escasez crónica de agua en el lado mexicano en una auténtica emergencia: una sola planta Samsung en Tijuana absorbe el 5 por 100 del suministro anual de agua de la ciudad⁶⁰. Dado que las hermanas siamesas comparten estos problemas ecológicos indivisibles, lentamente se van viendo obligadas a integrar y transnacionalizar sus infraestructuras. En 1998 funcionarios mexicanos y estadounidenses inauguraron la Planta Internacional de Tratamiento de Aguas Residuales, de 440 millones de dólares, que trata el exceso de aguas residuales de Tijuana en el lado sandieguense de la frontera: se trata de la primera instalación de este tipo en todo el mundo. De un modo similar, El Paso y Ciudad Juárez, envueltas en el mismo humo tóxico, están discutiendo en la actualidad la creación de una zona única, binacional, de calidad del aire⁶¹.

⁵⁷ *Love Canal* es el nombre de un barrio de Niagara Falls, pequeña ciudad ubicada en las inmediaciones de las Cataratas del Niágara, en el Estado de Nueva York. Este barrio debe su irónico sobrenombre a William Love que, en 1896, emprendió la construcción de un canal que conectaba el lago Ontario con el lago Erie (flanqueando las Cataratas del Niágara) y que habría de servir de conducto de energía hidráulica. El proyecto nunca se llegó a terminar, pero la Hooker Chemical Company tuvo la genial idea de convertir el canal inacabado en un vertedero de residuos químicos. Cuando el canal quedó completamente lleno de vertidos tóxicos, se tapó y vendió al Consejo Escolar municipal de Niagara Falls por el significativo precio de un dólar. Justo encima de aquel vertedero de la industria química se construyeron multitud de bloques de viviendas y una escuela. En 1977 se detectaron filtraciones de residuos químicos y empezaron a multiplicarse las denuncias por problemas de salud. Tras una larga lucha con el gobierno del Estado de Nueva York, los residentes de este barrio consiguieron ser evacuados. En la actualidad, el *Love Canal* se erige, silencioso y tambaleante, como una ciudad fantasma. [N. de la T.]

⁵⁸ Palabras de la EPA (Agencia de Protección Medioambiental) parafraseadas por Peña, *The Terror of the Machine*, op. cit., p. 291.

⁵⁹ Cyrus Reed, «Hazardous Waste Management on the Border», *BorderLines*, vol. 6, núm. 5, julio de 1998.

⁶⁰ *US Water News Online*, noviembre de 1996.

⁶¹ Thomas Kelly, *Sewage Diplomacy: The Political Geography of Cross-Border Sewage Flows at San Diego-Tijuana*, tesis doctoral en derecho y diplomacia internacional, Fletcher School, 1994.

Militarización de la frontera

Ambos lados de la frontera se están esforzando de igual modo en hacer frente a los nuevos riesgos físicos y a los problemas sociales creados por la militarización unilateral de la frontera, impuesta por el presidente Clinton en 1994. En la era del NAFTA, el capital, al igual que la contaminación, puede fluir libremente de un lado a otro de la frontera, pero la inmigración de mano de obra se enfrenta a una criminalización y a una represión sin precedentes. En un intento de arrebatar a los republicanos la candente cuestión de la «inmigración incontrolada», Clinton –animado por los aplausos de las senadoras de California, Diane Feinstein y Barbara Boxer– concentró a los efectivos de la Patrulla de Fronteras en la línea San Diego/Tijuana («Operación Centinela») e instó al Congreso a duplicar el cuerpo de agentes armados de la Patrulla y de su progenitora, la Agencia de Inmigración y Naturalización⁶². Con ayuda del Pentágono, la vigilancia de los sectores fronterizos clave se ha automatizado con la introducción de sensores sísmicos, capaces de captar los minúsculos «terremotos» de las pisadas de los inmigrantes, y de dispositivos militares de detección nocturna mediante rayos infrarrojos. Simultáneamente, el principal campo de batalla de la «Guerra contra la Droga» se ha trasladado de Colombia y los países andinos a la frontera mexicana, donde los militares estadounidenses, incluidas las unidades de reconocimiento de elite de la Marina, proporcionan apoyo encubierto a la *Drug Enforcement Administration*⁶³ y a la Patrulla de Fronteras. En la práctica, las distinciones entre control de la inmigración y aprehensión de estupefacientes, o entre patrullaje y guerra de baja intensidad, se han vuelto tan borrosas que los habitantes de la frontera hablan rutinariamente de la «guerra contra las drogas y los inmigrantes»⁶⁴.

Se trata, además, de una guerra con muchas víctimas reales. En estos últimos años, las enérgicas medidas, a las que tanta publicidad se ha dado, contra las fronteras de las ciudades gemelas, que suponen aproximadamente un millón de arrestos al año, han obligado a un mayor número de inmigrantes a intentar peligrosas travesías cruzando lejanos tramos del Río Grande o atravesando desiertos sudoccidentales bajo un sol abrasador. El resultado, según una estimación, es la muerte de aproximadamente mil quinientas personas, incluido un grupo de diez inmigrantes que, en agosto de 1998, murió de sed en el desierto que se extiende al este de San Diego⁶⁵. Otros han sido asesinados en encuentros cada vez más violentos con la Patrulla de Fronteras o, en el caso de Ezequiel Hernández, un adolescente de la población fronteriza estadounidense de Redford, Texas, en una emboscada tendida por los marines en busca de traficantes de drogas en 1997. Pocos estadounidenses no residentes en *La Frontera** son conscientes del grado de interpenetración al que han llegado las distintas agencias policiales federales y los militares en la regulación de la vida cotidiana de las poblaciones fronterizas⁶⁶. Tal y como denunció un miembro

⁶² Timothy Dunn, *The Militarization of the US-Mexican Border, 1978-1992*, Austin, 1996.

⁶³ Más conocida como la DEA: Agencia federal estadounidense contra el tráfico de estupefacientes. [N. de la T.]

⁶⁴ Héctor Tobar, «New Border in Tijuana», *LA Weekly*, 15-21 de marzo de 1996.

⁶⁵ Nate Seltzer, «Immigration Law Enforcement and Human Rights Abuses», *BorderLines*, vol. 6, núm. 9, noviembre de 1998.

⁶⁶ Pocos son también los que recuerdan el ominoso precedente de la revuelta de Los Ángeles

del consejo municipal de Laredo tras el asesinato a tiros de Hernández, «a estas alturas tengo la sensación de que aquí estamos viviendo bajo la ley marcial». En un informe reciente Amnistía Internacional coincidía en que «el trato cruel, inhumano o degradante» hacia ciudadanos estadounidenses, así como hacia inmigrantes indocumentados, se había vuelto inquietantemente habitual⁶⁷.

Un tercer gobierno invisible

La percepción popular de la existencia de un Estado policial transnacional a lo largo de la frontera se ha visto reforzada por el abrumador despliegue del ejército mexicano, ordenado por el presidente Zedillo en abierta violación de la constitución, a fin de llevar a cabo cacheos arbitrarios de civiles y organizar controles de carretera. Las leyes mexicanas también fueron violadas en 1998, cuando, en una planta subcontratista de la Hyundai Motors de Tijuana, se empleó a cien policías de las «Fuerzas Especiales» de elite para que los esquiroleros atravesaran en manada la línea de piquetes; esto formaba parte de una brutal estrategia gubernamental para reventar la primera huelga innovadora protagonizada por un sindicato independiente de las *maquiladoras*. Pero lo más inquietante ha sido la complicidad ampliamente extendida entre los oficiales militares y policiales mexicanos de alto rango, así como entre algunos de sus homólogos estadounidenses, con los dos carteles enfrentados, con base en Ciudad Juárez y Tijuana, que controlan en la actualidad gran parte de la importación de drogas con destino a Norteamérica. En 1997, sólo en Tijuana, los *narcotraficantes** fueron responsables de más de seiscientos asesinatos. La impresión de que constituyen el tercer gobierno invisible de *La Frontera** crece día tras día⁶⁸.

Aunque los periodistas que escriben sobre la gran cantidad de ostentosos homicidios perpetrados en Tijuana, que incluyen los asesinatos de fiscales, jefes de la policía, directores de periódicos e inclusive del candidato a la presidencia del partido gobernante (Luis Donald Colossio en 1994), suelen hablar de la «medellinización» de esta ciudad fronteriza, en realidad, el sindicato del crimen de Arellano Félix prefiere reclutar a sus pistoleros, no tanto en las *colonias** locales, sino más bien en las calles más humildes de los barrios bajos de San Diego. Fueron los mercenarios de Arellano pertenecientes a la banda de la Thirtieth Street de San Diego quienes en 1993, pertrechados con armas automáticas, mataron a tiros al Cardenal Posadas Ocampo de Guadalajara y los que después, desde los propios coches, perpetraron toda una serie de descarados asesinatos en Tijuana y San Diego. De hecho, la siniestra imagen de un Chevy Suburban blindado —con muchas de sus piezas manufacturadas en *maquiladoras*— vomitando fuego letal de AK-47 desde la ventanilla se ha con-

de 1992, en la que el ejército regular, las agencias de policía federal (incluido un inmenso contingente de la Patrulla de Fronteras), la guardia nacional y la policía local ocuparon los barrios del centro de la ciudad, infringiendo repetidas veces, escandalosa e insolentemente, las libertades civiles.

⁶⁷ Dane Schiller, «Mighty Border Patrol Force Finds Deep Ambivalence Along the Rio Grande», *New York Times News Service*, 1998.

⁶⁸ Moisés Sánchez Limón, «En Tijuana, 600 ejecuciones en un año, denuncian abogados», *Crónica*, 11 de enero de 1998.

vertido en un icono popular del nuevo gangsterismo transnacional ensalzado tanto en el *rap* de la frontera como en el tradicional *corrido**. Los asesinatos aún no resueltos, entre los que se incluyen los de las 171 jóvenes trabajadoras de las *maquiladoras* muertas desde 1993 en Ciudad Juárez, no son más que parte de la carga diaria de mercancías del nuevo mundo feliz que está creando el NAFTA⁶⁹.

La metrópoli latina

La especificidad de *La Frontera** como formación social no ha pasado desapercibida. De hecho, los propios «estudios fronterizos» se han convertido en una industria transnacional centrada en torno al mexicano Colegio de la Frontera Norte (fundado en 1984), institución única que dispone de oficinas prácticamente en cada ciudad fronteriza y cuenta con la colaboración de equipos de investigación de las grandes universidades de California y Texas. Sin embargo, para nuestra sorpresa, apenas se ha prestado atención a las especificidades espaciales e históricas de los modelos de asentamiento latino en ciudades no fronterizas, pese a que, al menos en uno de los casos —el área metropolitana de Los Ángeles— esta realidad no tiene precedentes⁷⁰. A medida que los grandes grupos y mayorías latinas emergentes exceden al clásico *barrio**, empiezan a reorganizar el espacio urbano de formas absolutamente originales que no pueden asimilarse a las experiencias previas de los afroamericanos o de los inmigrantes europeos. Por otro lado, mientras los sociólogos e historiadores urbanos manejan con excesiva confianza categorías como «segundo ghetto» a fin de englobar la evolución común de las comunidades negras a escala nacional, las principales «metrópolis latinas» presentan sorprendentes diferencias con respecto a sus economías espaciales. A modo de tipología provisional, las áreas predominantemente latinas de las grandes ciudades estadounidenses se pueden clasificar en función de su complejidad espacial (y no de las meras diferencias de tamaño) como sigue:

CUADRO 6. *Tipología de las áreas urbanas latinas*

1. <i>Barrio</i> primigenio con pequeños satélites	Los Ángeles 1960
2. <i>Barrios</i> * policéntricos	Chicago 1990
3. Mosaico multicultural	Nueva York 1990
4. Ciudad-dentro-de-la-ciudad	Los Ángeles 1990

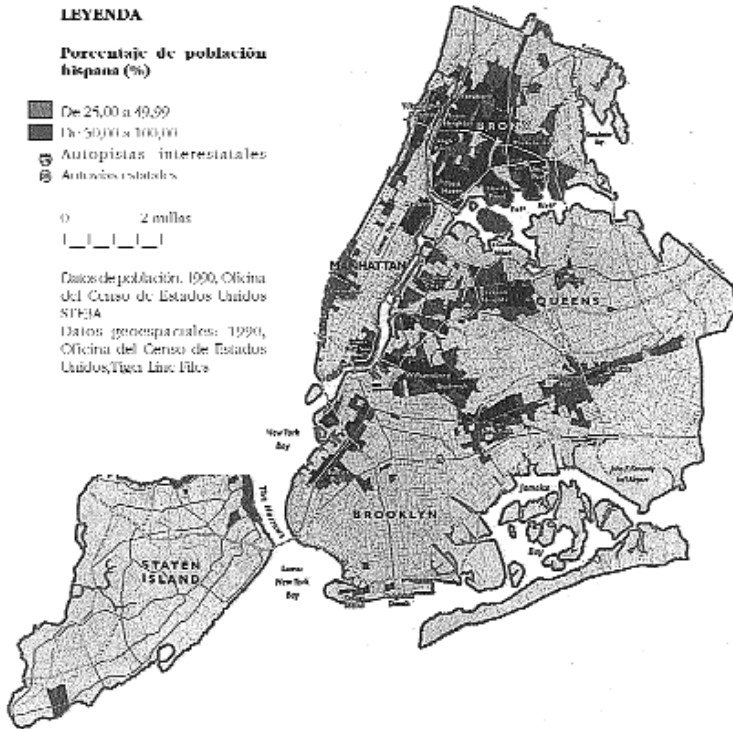
⁶⁹ Véase el capítulo 4 en Sebastián Rotella, *Twilight on the Line: Underworld and Politics at the US-Mexico Border*, Nueva York, 1998; y Anne Marie Mackler, «Another Girl Found Murdered», *Frontera NorteSur*, enero de 1999.

⁷⁰ En estos momentos Christopher Hansen y Angelo Falcon están ultimando un análisis tipológico de los barrios latinos en Nueva York y Morgan Appel está trabajando en un proyecto similar para el área metropolitana de Los Ángeles, todos ellos en calidad de colaboradores de un ambicioso estudio comparativo de cinco ciudades emprendido por el Programa de Política Urbana Latina —un consorcio auspiciado por cuatro centros de programación de políticas latinas—.

La Escuela de Chicago y la ciudad de Nueva York

En el modelo clásico de ciudad norteamericana de la Escuela de Chicago, el distrito étnico no es más que una cuña —«*Deutschland*», «*Russian Town* [la Ciudad Rusa]», «*Little Sicily* [la Pequeña Sicilia]», «*Black Belt* [el Cinturón Negro]», etc.— inserta en los círculos concéntricos que los diferentes tipos de vivienda/renta representan. El asentamiento mexicano en Los Ángeles anterior a 1970 se aproximaba mucho a este tipo ideal, con un único *barrio** primigenio al este del Río Los Ángeles que albergaba a la mayor parte de la población de apellido español. Se trata de un modelo todavía válido para ciudades como Oakland, Phoenix, Atlanta y Washington, DC. El Chicago contemporáneo representa una segunda geografía residencial más compleja, en la que una mayoría de la población hispano-hablante se concentra en cuatro distritos más o menos nivelados: Pilsen-Little Village, la zona sudeste, el área al noroeste del Loop (que incluye partes de Humboldt Park y Logan Square) y el barrio de Back of the Yards en la zona sudoccidental⁷¹.

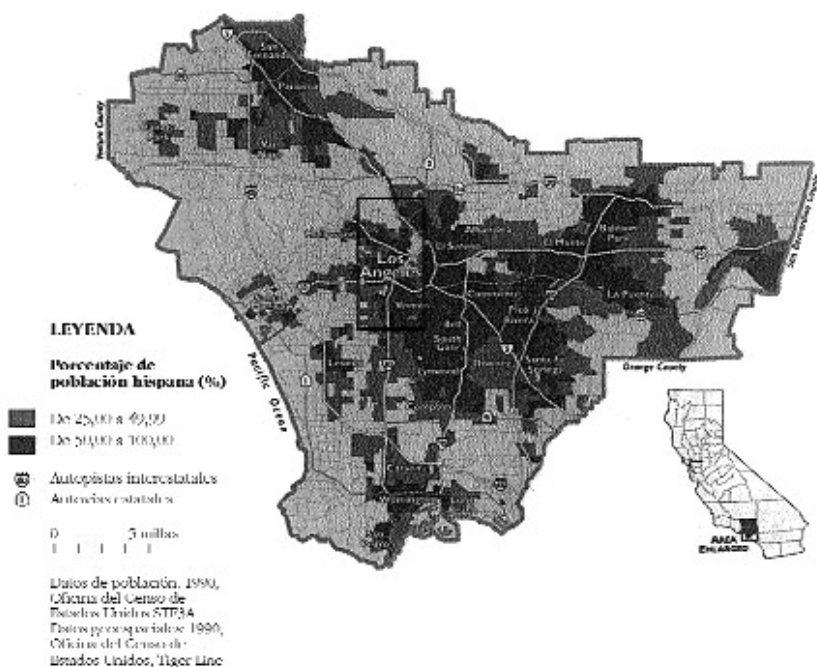
Mapa I
APELLIDOS ESPAÑOLES
ÁREA METROPOLITANA
DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK
1990



⁷¹ Gregory Squires et al., *Chicago: Race, Class and the Response to Urban Decline*, Temple, 1987, p. 110.

Evidentemente, Gotham⁷² constituye un mosaico extraordinario (véase el Mapa I). El atlas de 880 páginas de la población latina de Nueva York, publicado por el Instituto de Políticas Puertorriqueñas en 1996, identificó nada menos que veinte barrios latinos principales en cuatro distritos municipales, que incluyen once áreas predominantemente puertorriqueñas en la mitad sur del Bronx, dos barrios con mayoría dominicana en el alto Manhattan (Washington Heights y Morningside Heights) y dos enclaves sudamericanos mixtos en Queens. A diferencia de Los Ángeles, que posee muchos *barrios** y ciudades más pequeñas incorporadas al área metropolitana, con una población de apellido español que representa más del 90 por 100 del total de vecinos, todos los barrios latinos de Nueva York albergan a amplias minorías no latinas (afroamericanos, asiáticos, caribeños negros, nuevos europeos, etc.) que componen entre el 30 y el 45 por 100 de los habitantes del barrio. Incluso en un plano absolutamente microcósmico, Nueva York demuestra ser mucho más pluricultural que cualquier otro centro metropolitano de importancia⁷³.

Mapa II
APELLIDOS ESPAÑOLES
ÁREA METROPOLITANA
DE LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES
1990



⁷² Apodo por el que se conoce a la ciudad de Nueva York, acuñado por el escritor estadounidense Washington Irving en su novela *Salmagundi* (1807-1808) y actualmente asociado a las historias de Batman. [N. de la T.]

⁷³ Instituto de Políticas Puertorriqueñas, *New York City Latino Neighborhoods Databook*, Nueva York, 1996.

Cada uno de estos tres tipos espaciales –barrio primigenio, barrios policéntricos, mosaico étnico– compendia modelos históricos de la ecología urbana estadounidense. Sin embargo, Los Ángeles constituye un caso aparte. El Mapa II representa una geografía sin claros precedentes. En un intento de comprender su estructura espacial, he comparado la «huella» latina con la de otras importantes minorías étnicas o lingüísticas en ciudades biculturales: *Kleindeutschland* en el Nueva York de la década de 1870 (período en el que los residentes de habla alemana constituían el 30 por 100 del total de la población)⁷⁴, los negros en el Chicago de la década de 1960, los anglófonos en la zona oeste de Montreal, los anglos en San Antonio, etc. En todos estos distintos ejemplos, el segundo grupo lingüístico o racial se segrega en uno o dos distritos dispersos con varios satelites pequeños y aislados. Nada en común, pues, con la geometría compleja y fractal que caracteriza al Los Ángeles latino, con sus cientos de barrios y ramificaciones hispanohablantes que se extienden desde el viejo corazón de la zona este. De hecho, en la actualidad la población latina es tan numerosa –más de cuatro millones y medio en el SMSA (Área Estadística Metropolitana Estándar) del condado de Los Ángeles-Orange– que la inversión perceptiva silueta-primero plano⁷⁵ resulta inminente. Los barrios de mayoría anglo, en su mayor parte próximos a la playa o ubicados en las estribaciones de la montaña, se están convirtiendo en una periferia dorada de la bulliciosa metrópoli latina de la llanura litoral, cuyo trazado del siglo XXI ya puede apreciarse: todas las zonas en las que la población de apellido español representaba en el censo de 1990 entre un 25 y un 45 por 100, son susceptibles de tener mayorías latinas en el censo del 2000.

Los trabajadores latinos descualificados

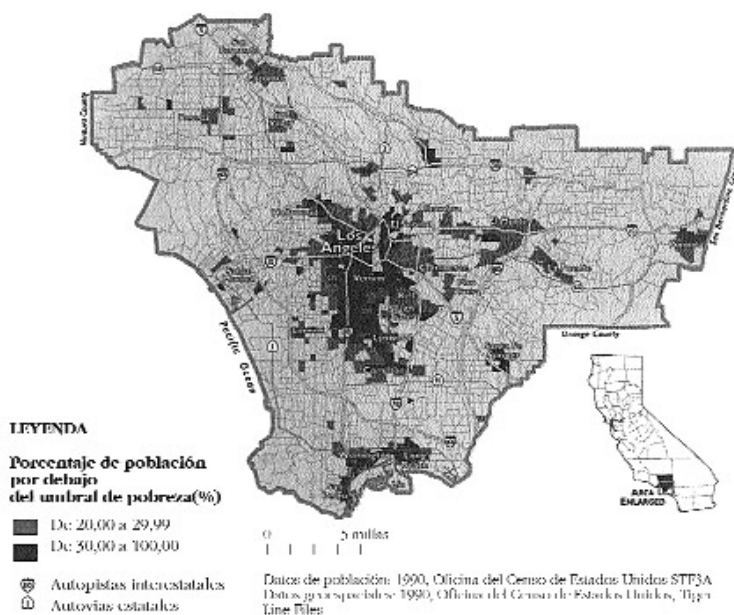
La lógica espacial de esta enorme ciudad-dentro-de-la-ciudad, tan misteriosa en un primer análisis, se revela fácilmente al superponer un mapa de la distribución de áreas de uso industrial. Los latinos ocupan casi todas las zonas y barrios periféricos del condado de Los Ángeles y Orange en los que tradicionalmente se encontraban las viviendas de los obreros descualificados y que lindan con los tres grandes corredores de los polígonos industriales que se extienden a lo largo de la Interestatal 5, la Autopista 60 (Pomona) y el río Los Ángeles. Durante el último cuarto del siglo XX, los latinos han sustituido a la clase trabajadora anglo –que se ha trasladado masivamente hacia las regiones interiores de San Bernardino occidental y de los condados de Riverside– en el cuadrante de barrios periféricos industriales al sudeste del centro de la ciudad, así como en la región noroccidental de San Fernando Valley, el área occidental de San Gabriel Valley y la zona norte del condado de Orange. (El condado de Orange, la tierra sagrada del Republicanismo de Nixon y Reagan, está sufriendo una

⁷⁴ «La comunidad germanoamericana se multiplicó por diez en un periodo de treinta años y en 1875 llegó a representar un tercio de la población de la ciudad de Nueva York. Para 1880 había alcanzado el tamaño que tenía la ciudad entera en 1845. La metrópoli alemana de Nueva York, con más de medio millón de personas, constituía, pues, una tercera capital alemana, mayor que cualquier otra ciudad germánica a excepción de Berlín o Viena», Nadel, *Little Germany*, *op. cit.*, p. 41.

⁷⁵ Cuando el plano perceptivo contiene formas de un tamaño casi idéntico que pueden ser reconocidas alternativamente como objeto y contexto; en este caso, la metrópoli latina pasa de distrito a matriz y las áreas anglo se convierten en enclaves.

rápida polarización entre el norte, obrero y mayoritariamente latino, y el sur, profesional-empresarial y abrumadoramente blanco). Del mismo modo, los inmigrantes mexicanos y salvadoreños han reemplazado a la clase trabajadora afroamericana en la mitad oriental de Los Ángeles centro-sur. (Central Avenue, la antigua calle mayor del Los Ángeles negro, es hoy latina en un 90 por 100). Evidentemente, este relevo residencial es paralelo a la reestructuración económica, dado que los latinos se han convertido en el grupo predominante en la manufactura de baja tecnología, la construcción de viviendas y los servicios dentro del sector del ocio y del turismo⁷⁶.

Mapa III
POBLACIÓN POR DEBAJO
DEL UMBRAL DE POBREZA
ÁREA METROPOLITANA
DE LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES
1990



En la nueva división étnica del trabajo de Los Ángeles, los anglos tienden a concentrarse en la industria del espectáculo y en actividades empresariales del sector privado, los asiáticos en actividades profesionales y en la manufactura ligera, los afroamericanos en la función pública y los latinos en todos los demás empleos de trabajo descalificado. Nueva York, por el contrario, conserva una

⁷⁶ En un estudio de cinco áreas metropolitanas clave (Los Ángeles, San Francisco, Chicago, Miami y Nueva York), un equipo de expertos en geografía económica llegó a la conclusión de que la inmigración reemplazaba, pero no desplazaba a los nativos. El éxodo de nativos estaba impulsado por la reestructuración económica y por la aparición de ciudades en la periferia metropolitana, no por la inmigración (Richard Wright, Mark Ellis y Michael Reibel, «The Linkages between Immigration and Internal Migration in Large Metropolitan Areas in the United States», *Economic Geography*, núm. 73, pp. 235-240).

clase trabajadora más multiétnica que Los Ángeles, mientras que Miami cuenta con una clase capitalista de apellido español más relevante. El relevo étnico latino en Los Ángeles está teniendo lugar principalmente entre las clases trabajadoras de fábrica y oficina y, en menor medida, en las profesiones del sector público. Aunque existen decenas de miles de negocios de apellido español, su grado de capitalización es, por lo general, minúsculo y la empresa latina más grande sigue siendo una compañía de *tortillas*⁷⁷. Hasta hace muy poco, con la salvedad del imperio mediático de Televisa, las inversiones de las grandes compañías mexicanas en los gigantescos mercados de consumidores de apellido español de Los Ángeles eran sorprendentemente pequeñas. Aunque, desde finales de la década de 1980, decenas de miles de millones de dólares de capital mexicano emigrado circulaban por California del sur, la mayor parte parece haberse colocado en acciones de Fortune 500 o en bienes inmuebles en línea de playa.

El capital asiático, por el contrario, ha buscado con avidez a los latinos, como trabajadores y como consumidores. El condado de Los Ángeles, por ejemplo, posee su propia economía de enclave de importación/exportación, la contrapartida de la zona de las *maquiladoras*, ubicada en los barrios industriales epónimos de Commerce, Industry y Vernon, a las afueras de la ciudad. Allí, entre 60.000 y 75.000 inmigrantes latinos son contratados directamente por industriales y mayoristas chinos de la diáspora en plantas no pocas veces «gemelas» de instalaciones hermanas en Taipei, Guangzhou o Tijuana. De un modo similar, los inversores coreanos controlan miles de unidades residenciales de renta baja en barrios céntricos, así como la mayor cuota de participación en el «rastrillo» que domina el comercio al detalle de Los Ángeles centro-sur. Además, los nuevos residentes asiáticos y latinos se codean en Hollywood y en otra docena de barrios al oeste del centro de la ciudad, mientras que los chicanos prósperos y los chinos que han accedido a las áreas residenciales viven hombro con hombro a lo largo de la zona este de San Gabriel Valley. De hecho, Los Ángeles se distingue de otras áreas metropolitanas por las extraordinarias dimensiones y por la importancia económica de las interacciones diarias entre sus inmigrantes latinos y asiáticos. Por consiguiente, no resulta del todo sorprendente que sea el español en lugar del inglés la segunda lengua obligatoria para muchos empresarios asiáticos inmigrantes⁷⁸.

La clase saldrá a la luz

Dentro de esta metrópoli latina podemos encontrar demarcaciones espaciales y socioeconómicas claramente descifrables entre los nuevos inmigrantes (mexicanos y centroamericanos) y los chicanos de segunda y hasta quinta generación⁷⁹. Según el censo de 1990, entre los residentes en Los Ángeles de

⁷⁷ Torta muy fina, hecha de harina de maíz y agua, que constituye la base de la alimentación en México. [N. de la T.]

⁷⁸ Véase Mike Davis, «The Empty Quarter», en *Sex, Death, and God in L.A.*, editado por David Reid, Nueva York, 1992; y Nancy Abelmann y John Lie, *Blue Dreams: Korean Americans and the Los Angeles Riots*, Cambridge, Mass., 1995, especialmente pp. 137-140. La geografía económica del Los Ángeles latino constituirá un tema principal en el importante libro de Víctor Valle y Rudy Torres, *Latino Metropolis*, de próxima aparición.

⁷⁹ Sobre la geografía residencial y laboral de los guatemaltecos y los salvadoreños en Los

origen mexicano, los nacidos en México casi igualaban en número a los nacidos en Estados Unidos. Alrededor de la mitad de los nacidos en México llegaron después de 1980⁸⁰. La superposición de un mapa de zonas con un 20 por 100 o más de pobreza sobre un mapa base de áreas censales de apellido español permite distinguir de forma muy clara entre un núcleo pobre de nuevos inmigrantes, aglomerados en torno a Los Ángeles centro y centro-sur, y una franja periférica chicana más próspera en San Gabriel Valley, que alberga a la mayoría de los cuatrocientos mil núcleos familiares latinos que ingresan más de 35.000 dólares al año. La misma cartografía dual aparece al sustituir la pobreza de las familias por el uso de la lengua española o por el censo electoral. En los distritos del centro el español es la lengua de la vida cotidiana en el 80 por 100 o más de los hogares, mientras que en la mayor parte de la periferia chicana constituye la lengua principal en menos del 40 por 100 de los casos. De forma similar en los barrios de predominio inmigrante se dan porcentajes sumamente bajos de adultos con derecho a voto, en comparación con la abundancia de votantes de San Gabriel Valley, que es la cuenca de electores latinos más importante de la nación. Sin embargo, es preciso recordar que se trata de variaciones dentro de un continuo cultural y que otros factores —especialmente las diferencias entre las cohortes de llegada de los inmigrantes (digamos, entre las que llegaron antes y las que llegaron después de 1980)— resultan, por lo general, más decisivos en la configuración de las estructuras de oportunidades que el hecho de que la gente se identifique con más o menos vigor con lo mexicano o con lo chicano. De hecho, el aspecto más sorprendente que emerge en cualquier perspectiva comparativa es la unidad cultural y la relativa homogeneidad socioeconómica del Los Ángeles mexicano. La conquista anglo de California a finales de la década de 1840 ha demostrado ser, en efecto, una realidad muy transitoria.

Suburbios transnacionales

En 1982 un terrible fuego se propagó rápidamente por todo un viejo bloque de viviendas cerca del centro de Los Ángeles, y mató a veinticuatro personas entre mujeres y niños. Los miembros del equipo de investigación de incendios provocados se quedaron estupefactos al descubrir que los varios cientos de residentes del inmueble eran todos vecinos de una sola localidad, El Salitre, situada en el Estado mexicano zacateca. El Salitre, postrado por las deudas, la sequía y la devaluación, había enviado a la mitad de su población *al norte* para ayudar a reconstruir las fortunas comunales. La tragedia se reveló entonces como una característica estructural fundamental de la metrópoli latina emergente: los componentes esenciales básicos de los barrios urbanos hispanohablantes, no son sólo individuos y hogares, sino comunidades transnacionales enteras. Para ganarse la vida y reproducir sus solidaridades tradicionales, cientos de *ejidos**, *rancherías**, pueblos y pequeñas ciudades de México, Centroamérica y el Caribe han tenido que aprender el modo de vivir como partículas cuánticas en dos lugares al mismo tiempo.

Ángeles, véase David López, Eric Popkin y Edward Telles, «Central Americans: At the Bottom, Struggling to Get Ahead», en *Ethnic Los Angeles*, editado por Roger Waldinger y Medhi Bozorgmehr, Nueva York, 1996.

⁸⁰ Ortiz, «The Mexican-Origin Population», p. 247.

Es importante distinguir entre viejos y nuevos modelos migratorios en cadena. Desde los días de Ellis Island⁸¹ ha sido común entre las avanzadillas de varones inmigrantes construir nichos de empleo en comunidades o lugares de trabajo particulares desde los que reclutar *paisanos** del propio clan, pueblo o región natal. Estos nichos y redes se convirtieron con el tiempo en un «capital social» inestimable para las comunidades de emisión, que les permitía exportar desempleo, adquirir nuevas habilidades, afianzar sus recursos financieros y asegurarse contra los caprichos de la naturaleza y del mercado mundial. En el pasado estas poblaciones se mantenían gracias a varones jóvenes –y, más excepcionalmente, mujeres jóvenes– que trabajaban en Estados Unidos durante períodos que oscilaban entre unas pocas estaciones y una década o más y después regresaban, a menudo colmados de honores y con una fortuna redoblada, a sus comunidades natales. Evidentemente, una minoría significativa se quedaba al otro lado de la frontera o del océano y, con el tiempo, se traía a su familia para que se reuniera con ellos. Pero el modelo esencial, característico tanto de los mexicanos de la década de 1970 como de los italianos de la década de 1900, era el de flujo temporal o estacional de mano de obra ajustado al alza o a la baja de la demanda del mercado de trabajo en la metrópoli.

*El circuito del migradolor*⁸²

En la década de 1980, como resultado de la crisis de la deuda, que se tradujo en depresión para millones de mexicanos pobres o de la clase trabajadora, así como de las guerras civiles feroces patrocinadas por Estados Unidos en El Salvador y Guatemala, los factores de «empuje» de la emigración se hicieron más inexorables. El nivel de pobreza en México, por ejemplo, se incrementó de un 28,5 por 100 del total de población en 1984 a un 36 por 100 en 1996⁸³. Sin considerar las condiciones económicas en Estados Unidos –los factores de «atracción»–, la pura necesidad de supervivencia de los hogares y las comunidades impuso la travesía cada vez más difícil y peligrosa hacia el norte. Los flujos migratorios, absorbidos anteriormente por la ciudad de México, se desviaron hacia el sur de California y Nueva York. Las mujeres jóvenes comenzaron a sumarse al éxodo hacia el norte en cifras significativas, al igual que los trabajadores cualificados en paro y los profesionales urbanos empobrecidos. Entretanto, la reforma de la ley de extranjería estadounidense de 1986 creó simultáneamente la zanahoria (amnistía para dos millones y medio de inmigrantes antes ilegales) y el palo (sanciones a los patrones y militarización de la

⁸¹ Isla situada en la bahía de Nueva York, que desde 1892 hasta 1943 sirvió de punto de entrada de la inmigración a Estados Unidos. Posteriormente (hasta 1954) funcionó como centro de retención, en el que los extranjeros permanecían encerrados en espera de su deportación. Finalmente, en 1965 pasó a formar parte del Monumento Nacional de la Estatua de la Libertad. [N. de la T.]

⁸² Aquí el autor hace un juego de palabras entre migradólar (dólares que llegan a las comunidades de origen fruto de la inmigración) y migradolor (el dolor asociado a la dura experiencia de explotación que viven los inmigrantes). [N. de la T.]

⁸³ Miguel Szekely, «Economics of Poverty, Inequality and Wealth Accumulation in Mexico», estudio del Banco para el Desarrollo Interamericano citado en *Los Angeles Times*, 7 de enero de 1999.

frontera) con el fin de incitar a la mano de obra inmigrante cíclica a que buscara una residencia permanente. Los inmigrantes establecidos con permisos de trabajo emplearon cada vez más a menudo su ventaja legal para reagrupar a sus familias en Estados Unidos. Asimismo, empezaron a hacer inversiones sin precedentes en sus hogares, en la educación superior y en pequeños negocios estadounidenses. Algunos observadores han interpretado equivocadamente este creciente compromiso con el domicilio estadounidense como un signo de disminución de la identificación con los hogares y las culturas tradicionales.

Sin embargo, el hecho es que los inmigrantes han tenido que atrincherarse más firmemente en el lado norte de la frontera para defender su identidad social, sitiada en el sur. Ahora más que nunca, los «migradólares» repatriados —estimados entre ocho mil y diez mil millones de dólares anuales durante la década de 1990— constituyen un sustento esencial de las comunidades rurales a lo largo de todo México y Centroamérica⁸⁴. Como resultado de la creciente «incorporación de las culturas de la emigración al tejido sumamente dúctil del sistema social [local]», comunidades enteras se han hecho realmente transnacionales⁸⁵. La nueva lógica de la reproducción social, bajo las condiciones de la reestructuración global vertiginosa y en ocasiones catastrófica, obliga a las comunidades tradicionales a equilibrar de forma estratégica activos y población entre dos existencias diferentes localmente arraigadas. Los cordones umbilicales económicos y culturales conectan ahora permanentemente cientos de localidades latinoamericanas y caribeñas con barrios urbanos homólogos en Estados Unidos. Hasta tal punto que las comunidades emisoras han llegado a un grado de integración tan completo en la economía de la metrópoli inmigrante como el que disfrutaban en sus propios Estados-nación —un proceso que algunos investigadores denominan *nortenzación*⁸⁶. Estas comunidades son los «suburbios transnacionales» *de facto* de Nueva York, Los Ángeles, Chicago y Miami. De hecho, transforman nuestra comprensión de la gran ciudad contemporánea.

Es importante subrayar que aquí no estamos ante una mera metáfora, sino ante líneas de vida sociales y geográficas radicalmente nuevas que se han forjado gracias a la astucia de aquellas comunidades y hogares que la mano invisible del mercado planetario considera más «prescindibles». En su estudio sobre cómo el *municipio** rural de Aguililla, en el sudoeste de Michoacán, se ha clonado en el barrio periférico de Silicon Valley, Redwood City, Roger Rouse afirma que «los aguillenses se han convertido en hábiles exponentes de una bifocalidad cultural que escapa a toda reducción a un orden único [...] Hoy en día,

⁸⁴ La estimación del migradólar se ha extraído de la suma de los cálculos realizados por P. Martin de los envíos anuales de los inmigrantes mexicanos (entre seis mil y siete mil millones de dólares) con las cifras citadas habitualmente de los flujos de dinero repatriado a Centroamérica (entre dos mil y tres mil millones de dólares), véase P. Martin, «Mexico, Polls, Remittances and Economy», *Migration News*, octubre de 1996.

⁸⁵ Dennis Conway y Jeffrey Cohen, «Consequences of Migration and Remittances for Mexican Transnational Communities», *Economic Geography*, vol. 74, núm. 1, enero de 1998.

⁸⁶ Véase R. Alarcon, «Nortenzación: Self-Perpetuating Migration from a Mexican Town», en *US/Mexican Relations: Labor Market Interdependence*, editado por J. Bustamante *et al.*, Stanford, 1992, pp. 302-318; y N. Glick-Schiller, L. Basch y C. Blanc-Szanton, «From Immigrant to Transmigrant: Theorizing Transnational Migration», *Anthropological Quarterly*, vol. 68, núm. 1, 1995.

es el circuito [transmigratorio] integral, más que cualquier escenario concreto, lo que constituye el marco principal desde el cual los aguillillenses orquestan sus vidas.⁸⁷ En la misma línea, Peri Fletcher escribe sobre los residentes de otra comunidad de Michoacan, Napizaro, que se ha trasplantado a San Fernando Valley: «Incapaces de asegurarse el sustento completo en México o en Estados Unidos, los emigrantes se ven obligados a extender sus familias y sus hogares de un lado a otro de la frontera, creando por consiguiente hogares transnacionales y una comunidad transnacional»⁸⁸.

Construir una aldea virtual

Irónicamente, estas estrategias de supervivencia comunales se han visto muy favorecidas por las mismas tecnologías comúnmente identificadas con el globalismo y la deslocalización. Partiendo de la observación de la forma en que los vecinos de Ticuani, hoy en día divididos a partes iguales entre Puebla y Brooklyn, mantienen un poderoso sentido de la identidad colectiva, Robert Smith señala el papel revolucionario de las telecomunicaciones y las tarifas aéreas económicas.

La cuestión primordial reside en que la comunicación instantánea y los viajes rápidos hacen posible a los actuales inmigrantes y a sus hijos de segunda generación mantener simultáneamente vidas significativas, o al menos tener experiencias existenciales significativas, en sus comunidades de origen y destino. Esto permite, a su vez, que algunas formas sociales «importadas» del país natal persistan y se adapten en el país de acogida y supone, para los ticuanenses de Nueva York, una posibilidad de influir en la vida de la ciudad⁸⁹.

En efecto, los ticuanenses se han reconstituido como una «aldea virtual», en la que todos los asuntos comunales importantes se debaten en conferencias telefónicas entre los mayores de Brooklyn y México. Los lazos con el hogar natal se renuevan con regularidad gracias a las vacaciones familiares y a la frecuente participación de las familias en los festivales del pueblo, mientras que las intensas rivalidades entre los equipos de voleibol de distintas asociaciones de inmigrantes proporcionan un foco apasionado de la identidad ticuanense en Brooklyn. Al mismo tiempo los individuos de las diásporas mantienen fielmente el importantísimo flujo de envío de migradólares a su tierra. Desde la década de 1970 el Comité de Solidaridad por Ticuani de la ciudad de Nueva York ha financiado una amplia modernización del *pueblo**: la construcción de dos nuevas escuelas y la restauración de la iglesia y de los edificios municipales. Dentro de esta intensa red de actividad comunal, con sus múltiples contactos con México en tiempo real, las cerradas estructuras colectivas del mundo del pueblo, que incluyen el *compadrazgo** y la jerarquía político-religiosa del

⁸⁷ Roger Rouse, «Mexican Migration and the Social Space of Postmodernism», *Diaspora*, vol. 1, núm. 1, primavera de 1991, p. 14.

⁸⁸ Peri Fletcher, *La casa de mis sueños: Migration and Houses in a Transnational Mexican Community*, tesis doctoral en antropología, Johns Hopkins University (Baltimore), 1996, p. 4.

⁸⁹ Robert Smith, «Transnational Migration, Assimilation, and Political Community», en *The City and the World: New York's Global Future*, editado por Margaret Graham y Alberto Vourvolias-Bush, Nueva York, 1997, p. 119.

sistema del *cargo** (autogobierno), florecen frente a lo que en otras circunstancias sería una influencia corrosiva de la cultura urbana estadounidense. Tal y como señala Smith, aunque las generaciones anteriores de inmigrantes irlandeses o italianos pudieron haber tenido objetivos semejantes, «el hecho de que no pudieran irse a casa el fin de semana o negociar con sus homólogos del pueblo a través del teléfono manos libres, como hacen los ticuanenses hoy en día, marca una gran diferencia en cuanto a la calidad y a la cantidad de las relaciones en el plano micro»⁹⁰.

Política a distancia

La nueva tecnología y los viajes baratos también han reconfigurado de forma espectacular la relación de los inmigrantes con la política del país natal. Aunque los sujetos de las diásporas norteamericanas siempre han desempeñado un papel relevante en la vida política de sus tierras de origen a través de la política exterior estadounidense de recaudación de fondos y formación de grupos de presión (piénsese en el republicanismo irlandés o en el sionismo), ahora pueden participar directa y simultáneamente en la vida política nacional. La inmensa comunidad dominicana de Manhattan y Queens constituye un ejemplo espectacular que viene muy al caso. Durante la presidencia autoritaria de Joaquín Balaguer, impuesta por la invasión estadounidense de 1965, los principales disidentes dominicanos fueron relegados al exilio en Nueva York, que se convirtió en la base más importante de la política de oposición del país. Incluso después del mitigamiento de la represión política en Santo Domingo, Nueva York ha continuado siendo la segunda sede de la turbulenta vida política de la isla⁹¹. De hecho, la República Dominicana es el primer país de América Latina y el Caribe que elige a un emigrante transnacional como presidente. Tal y como informaba maravillado *The New York Times* el año pasado, «el presidente dominicano Leonel Fernández Reyna creció en el Upper West Side, todavía conserva una «tarjeta verde» y ha declarado que pretende reunirse con su familia en Manhattan al final de su mandato»⁹².

Tanto el congreso dominicano como el mexicano están estudiando en la actualidad una legislación que permitiría a los inmigrantes votar desde Estados Unidos: el último paso para una plena transnacionalización electoral. (En estos momentos los diez millones de adultos que poseen o cumplen los requisitos para adquirir la ciudadanía mexicana en Estados Unidos constituirían un 15 por 100 del electorado del país, un bloque electoral más grande que el de ciudad de México)⁹³.

⁹⁰ Véase *ibid.*, pp. 117-119; y Robert Smith, «Mexicans in New York», en *Latinos in New York City*, editado por Haslip-Viera y Bayer, pp. 67-69, 77 y 79.

⁹¹ Michael Jones-Correa, *Between Two Nations: The Political Predicament of Latinos in New York City*, Ithaca, 1998, pp. 128-129 y 164-165. Véase también el importante estudio de Eugenia Georges, *The Making of a Transnational Community: Migration, Development, and Cultural Change in the Dominican Republic*, Nueva York, 1990.

⁹² «The New Immigrant Tide: A Shuttle Between Worlds», serie en tres entregas, *The New York Times*, 19 de julio de 1998.

⁹³ Véase Sam Dillon, «Mexico Considers Extending Presidential Vote to Immigrants in USA», *New York Times News Service*, 1998.

Por otra parte, algunos inmigrantes han traído consigo sus sistemas políticos. En Los Ángeles, por ejemplo, miles de inmigrantes zapotecas de Oaxaca, al igual que han transportado sus santos y vírgenes locales al norte, han transplantado también *en bloque* los gobiernos tradicionales de sus localidades a parroquias católicas específicas del centro de la ciudad. Estos consejos se han ganado una reputación formidable por su habilidad para la gestión de las dificultades cotidianas de la existencia inmigrante:

Los zapotecas desbancan hábilmente a los caseros de los barrios bajos comprando bloques enteros de apartamentos, que la Iglesia bendice obedientemente, inscribiendo múltiples nombres en los títulos de propiedad y pagando por ellos conjuntamente. Sus consejos ofrecen instrucción básica en las parroquias y envían a sus hijos a la universidad en proporciones que contrastan con la pobreza y el analfabetismo de sus padres. El pequeño porcentaje de jóvenes zapotecas que pertenece a una banda suele ser desterrado a Oaxaca durante un año⁹⁴.

Paisanismo y proletariado*

Tal y como sería de esperar, la relación entre estas lealtades locales y las luchas sociales más amplias resulta bastante compleja⁹⁵. Algunos investigadores sostienen que la solidaridad de clase en un sentido amplio, tal y como se expresa a través de los sindicatos y de la movilización política, queda minada por la profusión de lealtades clientelares y por la obligación de generar ingresos excedentes para las prioridades comunales. (Las redes sociales de inmigrantes tienden a competir entre sí, en lugar de con los trabajadores nativos, en el mercado de trabajo informal.) La antropóloga Sarah Mahler, por ejemplo, en su extraordinario estudio de los inmigrantes latinos de Long Island, muestra su preocupación ante el hecho de que las estrechas obligaciones que ligan a los inmigrantes salvadoreños a sus localidades natales les empujen al mismo tiempo a una competición implacable entre sí y con otros inmigrantes latinos⁹⁶. Carol Zubin, del Centro de Estudios sobre el movimiento obrero de la Universidad de California, Berkeley [*UC Berkeley's Labor Center*], por su parte, compara el papel antagónico del *paisanismo** en dos de las luchas obreras más importantes de la última década en California del sur. De este modo, una de las principales injusticias que condujo a ochocientos trabajadores de la *American Racing Equipment Company* a la huelga en 1990 fue el favoritismo manifestado por los capataces hacia los trabajadores de su localidad o región natal. Sin embargo, durante la lucha explosiva de 1992 de cuatro mil peones de albañil (en concreto, instaladores de placas de yeso laminado [*drywallers*]), «las redes sociales basadas en el pueblo de origen de los inmigrantes [El Maguey en Guanajuato] facilitaron la construcción de la solidaridad necesaria para el impulso organizativo». Los *drywalleros*, tal y como se denominaban a sí mismos, desafiaron los arrestos en masa, la brutalidad policial, las amenazas de deportación e incluso un intento de los patronos de procesarlos amparándose

⁹⁴ *Los Angeles Times*, 25 de marzo de 1998.

⁹⁵ Para los antecedentes históricos de las redes de inmigrantes y la organización obrera en California, véase Devra Weber, «Historical Perspectives on Transnational Mexican Workers in California», en *Border Crossings: Mexican and Mexican-American Workers*, editado por John Hart, Wilmington, 1998.

⁹⁶ Sarah Mahler, *American Dreaming: Immigrant Life on the Margins*, Princeton, 1995, p. 21.

en el *Racketeer Influenced and Corrupt Organizations Act* [Ley de Organizaciones Corruptas y Relacionadas con grupos de Extorsión] (RICO), a fin de conseguir, según David Bacon, periodista especializado en cuestiones laborales, «el primer convenio sindical, fruto de un esfuerzo organizativo de base obtenido jamás en la industria de la construcción de todo el país desde la década de 1930»⁹⁷.

La movilización social inmigrante se complica también por el hecho de que un número tan elevado de inmigrantes ocupen posiciones de clase extraordinariamente diferentes en los mundos paralelos entre los que se mueven. La ciudad de San Miguel el Alto, en Jalisco, por ejemplo, ha proporcionado durante años una oferta flexible de mano de obra a Palm Springs, California. Durante las ajetreadas temporadas de invierno y primavera, casi toda la población masculina se traslada al norte para trabajar en los asadores, restaurantes, hoteles y clubs campestres de este famoso enclave de ocio situado en el desierto. Para la mayoría de los visitantes y residentes de la zona, los *miguelenses**, muchos de los cuales mantienen dos o incluso tres puestos de trabajo al mismo tiempo, no son más que un ejército eficiente, en gran parte invisible, de mano de obra morena. Pero, cuando regresan a Jalisco, su posición social se metamorfosea. Con el transcurso de las décadas, los envíos regulares de dinero desde Palm Springs han permitido a algunos inmigrantes ascender a posiciones envidiables de seguridad económica y prestigio social. Una corresponsal de *Los Angeles Times* que visitó San Miguel el Alto quedó estupefacta al encontrarse con camareros y recogemesas viviendo en «mansiones» y recibiendo el tratamiento de «don» por parte de sus vecinos⁹⁸. De un modo similar, Rouse muestra cómo, en el caso de los aguillenses de Redwood City, la proletarización voluntaria en California tiene precisamente el objetivo de evitar la proletarización de su *status* en Michoacan, donde son pequeños ganaderos y agricultores⁹⁹.

Casas de los sueños y comunidades divididas

La emigración transnacional, por otra parte, no siempre produce resultados serendípicos. Los investigadores en inmigración comparan las experiencias de las antiguas cohortes de inmigrantes, tales como las de los veteranos de San Miguel el Alto y Aguillilla, cuyo objetivo ha sido recapitalizar su propiedad productiva y su posición social en México, con las de los recién llegados, que se han visto obligados a trasladarse al norte simplemente para cubrir sus necesi-

⁹⁷ Véase Carol Zabin, «Organizing Latino Workers in the Los Angeles Manufacturing Sector: The Case of American Racing Equipment Company», trabajo de investigación inédito, UC Berkeley Labor Center, 1998; Ruth Milkman y Kent Wong, «The 1992 Southern California Drywall Strike», ponencia incluida en «Immigrant and Union Organizing in California», mayo de 1998; y David Bacon, *Unions and the Upsurge of Immigrant Workers*, Northern California Coalition for Immigrant Rights, sin fecha.

⁹⁸ Diana Marcum, «The Busboys of San Miguel», *Los Angeles Times Magazine*, 14 de diciembre de 1997.

⁹⁹ Robert Rouse, «Mexican Migration», en *Between Two Worlds: Mexican Immigrants in the United States*, editado por David Gutiérrez, Wilmington, 1996, p. 253.

dades básicas de consumo¹⁰⁰. En su estudio de medio siglo de migración de mano de obra entre Napizaro y San Fernando Valley, Fletcher descubre que la emigración se ha transformado de un recurso para la solidaridad en una fuerza cada vez más divisoria:

Entre la década de 1940 y mediados de la década de 1980 la emigración proporcionaba a muchos miembros del pueblo nuevos caminos hacia la prosperidad y los envíos de dinero de los emigrantes se empleaban en algunas ocasiones para promover proyectos de toda la comunidad y para fomentar los objetivos de prosperidad compartida. Sin embargo, desde finales de la década de 1980, una disparidad cada vez mayor en las rentas y los valores cambiantes en cuanto a normas de consumo, la transformación de las prácticas productivas, los severos límites del suelo y los salarios a la baja de los emigrantes a causa de la recesión han mermado la unidad del pueblo.

La división cada vez más acusada entre clases en Napizaro queda simbolizada por las grandes *casas de los sueños**, provistas de verjas y a menudo vacías, que fueron construidas por inmigrantes más antiguos y afortunados que trabajan en California durante la mayor parte del año. Entretanto, sus vecinos más jóvenes y pobres presencian la reducción de sus ingresos mientras intentan sacar poco a poco un sustento de sus pequeñas parcelas de Michoacan o de la venta de su fuerza de trabajo en las esquinas de las calles de Hollywood norte¹⁰¹.

Además, existen datos que demuestran que las redes sociales transnacionales están subsidiadas con frecuencia por la sobreexplotación de las mujeres¹⁰². El progresivo desplazamiento de la función social reproductora del ámbito doméstico de la granja familiar local al suministro de mano de obra para la exportación genera nuevas desventajas para las mujeres. Con tal exceso de fuerza de trabajo masculina en California, por ejemplo, las mujeres que se quedan en la Aguillilla, el Napizaro o el San Miguel natal deben cargar con responsabilidades aún mayores y más imposibles de cuidado de niños, labores domésticas y trabajo asalariado. Asimismo, en el lado norte de la frontera, las mujeres inmigrantes suelen ser relegadas a puestos de trabajo en *sweatshops* de producción de prendas de vestir o en la limpieza del hogar en condiciones serviles, es decir, a los empleos que menores oportunidades ofrecen en lo que respecta a movilidad vertical e incluso horizontal. Aunque la inmigración a las grandes ciudades estadounidenses pueda también procurar a las mujeres jóvenes libertades inesperadas, las redes sociales de inmigrantes contribuyen de forma activa al apuntalamiento de los roles de género tradicionales. Por tanto, según Jacqueline Hagan, no resulta sorprendente que «el disfrute por parte de

¹⁰⁰ María de los Ángeles Crummell, «Gender, Class and Households», en *Building With Our Hands: New Directions in Chicana Studies*, editado por Adela de la Torre y Beatriz Pesquera, Berkeley, 1993, pp. 162-164. Véase también Dennis Conway y Jeffrey Cohen, «Consequences of Migration and Remittances for Mexican Transnational Communities», *Economic Geography*, vol. 74, núm. 1, enero de 1998.

¹⁰¹ Fletcher, *La Casa de Mis Sueños*, pp. 10-11 y 169.

¹⁰² Estudios recientes e innovadores sobre cómo el género determina las estructuras sociales de la inmigración incluyen: Donna Gabbacia, *From the Other Side: Women, Gender, and Immigrant Life in the US, 1820-1990*, Bloomington, 1994; y Pierrette Hondagneu-Sotelo, *Gendered Transitions: Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley, 1994.

los hombres de los resultados positivos de las economías de enclave se haga posible a costa de las oportunidades de las mujeres»¹⁰³.

Otra contradicción inherente a la inmigración a gran escala consiste en el envío accidental de problemas sociales estadounidenses, además de migradores, a la comunidad de origen. Dado el extremo desajuste entre la violencia callejera de los núcleos urbanos estadounidenses y los mundos generalmente pacíficos de los pueblos del México rural o incluso de la Centroamérica rural, se trata de un peligro omnipresente. Los Ángeles, en particular, se ha hecho famoso por la exportación de sus devastadoras guerras callejeras a sus suburbios transnacionales. Gracias a una estrategia policial local basada en la deportación en masa, por lo general sin juicio, de pandilleros no-ciudadanos, miles de jóvenes coléricos y en paro de Los Ángeles han sido repatriados a México, Belice, El Salvador (que por sí solo suma cuatro mil) y Guatemala. El previsible resultado se ha materializado en una epidemia de violencia urbana ajena a contextos rurales a menudo disonantes con ella. En 1997 en la pequeña localidad salvadoreña de Quezaltepeque (trece mil habitantes) hubo cerca de doce asesinatos como resultado del trasplante de una guerra de bandas entre *repatriados** de la 18th Street de Los Ángeles y pandillas de Mara Salvatrucha.

La trampa de la pobreza

¿Cómo ha sido posible que las poblaciones urbanas latinas hayan crecido tan rápidamente en un período en el cual la mayoría de las grandes ciudades estadounidenses estaban sufriendo una desindustrialización a gran escala? La escueta respuesta que ofrecen los expertos de opinión más conservadores y los enemigos de la inmigración se fundamenta en que los nuevos inmigrantes han robado yacimientos enteros de empleo a los trabajadores nacidos en Estados Unidos. De hecho, un antiguo editorialista de *Los Angeles Times* empleó las páginas del *Atlantic Monthly* para echar la culpa de la revuelta de Rodney King de 1992 al desplazamiento de la mano de obra negra por parte de la reciente inmigración proveniente de México¹⁰⁴. Otros autores han atribuido la crisis medioambiental de California y hasta el embotellamiento de sus autopistas al presunto fracaso del gobierno federal en «el control de la frontera». En Nueva York y en Florida se han escuchado argumentos similares.

La investigación especializada, sin embargo, apenas ha encontrado pruebas documentales del impacto negativo de los inmigrantes en los trabajadores naci-

¹⁰³ Véase Sherri Grasmuck y Ramon Grosfoguel, «Geopolitics, Economic Niches, and Gendered Social Capital Among Recent Caribbean Immigrants to New York City», *Sociological Perspective*, vol. 40, núm. 3, 1997, p. 343; y Jacqueline Hagan, «Social Networks, Gender and Immigrant Incorporation: Resources and Constraints», *American Sociological Review*, vol. 63, febrero de 1998, pp. 57-59. Véase también Greta Gilbertson, «Women's Labor and Enclave Employment: The Case of Dominican and Colombian Women in New York City», *International Migration Review*, vol. 29, 1995.

¹⁰⁴ Jack Miles, «Blacks vs. Browns», *Atlantic Monthly*, octubre de 1992. Miles cita el artículo de Melvin Oliver y James Johnson, «Interethnic Conflict in an Urban Ghetto: The Case of Blacks and Latinos in Los Angeles», *Research in Social Movements, Conflict and Change*, vol. 6, 1984.

dos en Estados Unidos¹⁰⁵. De hecho, un estudio reciente en las cinco áreas metropolitanas con mayor número de residentes nacidos en el extranjero –Los Ángeles, San Francisco, Chicago, Miami y Nueva York– llegó a la conclusión de que los inmigrantes se instalaban típicamente en nichos de empleo, o bien creados directamente por la propia inmigración (tales como los restaurantes étnicos y las pequeñas fábricas de prendas de vestir), o bien abandonados por los trabajadores nativos en su búsqueda de mejores puestos de trabajo en periferias urbanas. Por tanto, *reemplazaban*, pero no desplazaban a los nacidos en Estados Unidos¹⁰⁶. De forma semejante, la crisis del empleo negro en la mayoría de las principales ciudades, de la que a menudo se ha responsabilizado a la competencia latina, es resultado principalmente de los obstáculos institucionales –que incluyen la continua segregación residencial, la discriminación en los lugares de trabajo, el colapso de los colegios del centro de la ciudad y la criminalización desenfrenada de la juventud negra– que impiden a tantas familias afroamericanas pobres acceder a una economía de la información para la que se requieren títulos universitarios o seguir el camino de la clase trabajadora blanca hacia las ciudades de la periferia metropolitana en las que abunda el empleo.

Competencia interlatina

No se trata de negar que en la mayor parte de las ciudades los puestos de trabajo descualificados se hallen por lo común segmentados en función de la etnia y que las contrataciones se efectúen a través de redes étnicas. Pero cada vez hay más datos que constatan que los inmigrantes latinos compiten principalmente entre sí o con trabajadores de las *maquilas* del otro lado de la frontera. En un estudio reciente sobre las poblaciones étnicas del condado de Los Ángeles, encargado por la *Russel Sage Foundation*, un autor se maravillaba del «impresionante aumento del número de inmigrantes mexicanos concentrados en una franja relativamente estrecha de empleos»¹⁰⁷. Estos nichos étnicos –que incluyen jardinería, hostelería, limpieza doméstica y manufactura textil– constituyen callejones sin salida con apenas posibilidades de promoción o formación. Aunque los ciudadanos latinos nacidos en Estados Unidos, como los chicanos y los puertorriqueños, disfrutaban de una mayor movilidad lateral dentro de puestos de trabajo manual o de oficina, también están excluidos de los sectores punta¹⁰⁸. Los latinos, en su conjunto, se han beneficiado en mucha menor

¹⁰⁵ Véase R. Lalonde y R. Topel, «The Assimilation of Immigrants in the US Labor Market», en *Immigration and the Workforce*, editado por G. Borjas y R. Freeman, Chicago, 1992.

¹⁰⁶ Richard Wrigth, Mark Ellis y Michael Reibel, «The Linkage between Immigration and Internal Migration in Large Metropolitan Areas in the United States», *Economic Geography*, núm. 73, 1997, pp. 235-237.

¹⁰⁷ Vilma Ortiz, «The Mexican-Origin Population: Permanent Working Class or Emerging Middle Class», en *Ethnic Los Angeles*, editado por Waldinger y Bozorgmehr, p. 257.

¹⁰⁸ En un estudio de 1980 las latinas nacidas en Estados Unidos (el 34 por 100 empleadas en oficinas y el 17 por 100 en fábricas) y las latinas inmigrantes (el 37 por 100 empleadas en fábricas y el 16 por 100 en oficinas) estaban representadas en el mercado fabril y en el de personal administrativo en porcentajes casi inversos. Véase Dowel Myers y Cynthia Cranford, «Temporal Differentiation in the Occupational Mobility of Immigrant and Native-Born Latina Workers», *American Sociological Review*, vol. 63, febrero de 1998, p. 70.

medida de la transición hacia economías urbanas basadas en los servicios que los blancos. Tanto en Nueva York como en Los Ángeles los apellidos españoles están visiblemente ausentes de las principales industrias de salarios elevados que constituyen el motor de la economía regional de ambas ciudades en la era inaugurada tras el fin de la Guerra Fría: los servicios financieros y la industria del espectáculo, respectivamente.

Aunque la oleada inicial de nuevos inmigrantes latinos de las décadas de 1960 y 1970 pueda haber disfrutado de una prosperidad notable, desde mediados de la de 1980, las oportunidades económicas de los inmigrantes –por lo menos de los portadores de fuerza de trabajo y no de capital– se han visto severamente reducidas¹⁰⁹. Tal y como observa el informe de la *Russel Sage Foundation*, «las condiciones económicas de Los Ángeles se han deteriorado para los inmigrantes mexicanos». «La reestructuración económica arrastra a estos inmigrantes a los empleos peor pagados y en los que la explotación es más fácil y elimina simultáneamente las estructuras de movilidad que empleaban con anterioridad para abrirse camino los recién llegados que carecían de cualificación [...]. Los mexicanos y los centroamericanos parecen haberse aglutinado en nichos que constituyen auténticas trampas en cuanto a la movilidad»¹¹⁰. La pauperización extrema de los inmigrantes en los mercados de trabajo metropolitanos sobresaturados quedó también confirmada por el reciente Estudio Binacional sobre Migración –un proyecto de investigación conjunta entre México y Estados Unidos encargado por los presidentes Clinton y Zedillo–, que descubrió que «en 1996, el 11 por 100 de las familias recién llegadas encabezadas por una persona nacida en México disponían de ingresos por debajo de los cinco mil dólares, frente al 5,5 por 100 de 1990»¹¹¹.

De modo similar, en Nueva York, investigadores del Instituto de Estudios Dominicanos advirtieron que «el declive de la industria como sector de empleo ha tenido un impacto devastador sobre los trabajadores dominicanos, y especialmente sobre las mujeres». Frente al estereotipo según el cual se puede encontrar una *bodega** dominicana en cada esquina del alto Manhattan, los dominicanos constituyen el grupo más pobre de la ciudad, con un 36 por 100 que vive en la miseria y sólo un 9 por 100 que trabaja por cuenta propia, en su mayoría como microempresarios¹¹². Entretanto, la población mexicana de Nueva York, floreciente pero profundamente desvalida, lucha por sobrevivir en las capas bentónicas de la economía: trabajando como recogemesas en restaurantes griegos, vendiendo caramelos ilegalmente en las paradas de metro o endiñando flores en las esquinas¹¹³. En Long Island, inmigrantes centroamericanos, casi igual de desaharrapados, muchos de los cuales fueron despedidos durante el proceso de externalización de la industria de defensa de 1990-1993,

¹⁰⁹ *Ibid.*

¹¹⁰ Ortiz, «The Mexican-Origin Population», *op. cit.*, p. 250; y Robert Waldinger, «Ethnicity and Opportunity in the Plural City», en *Ethnic Los Angeles*, editado por Waldinger y Bozorgmehr, p. 451.

¹¹¹ Dillon, «Mexico Considers Extending Presidential Vote to Immigrants in USA».

¹¹² Ramona Hernández, Francisco Rivera-Batiz y Roberta Godini, *Dominican New Yorkers: A Socioeconomic Profile, 1990*, Institute for Urban and Minority Education, Columbia University, Nueva York, 1995.

¹¹³ *The New York Times*, 28 de julio de 1997.

relataron a Sarah Mahler sus «historias del desencanto». «Las descripciones de sus vidas en América están llenas de fraude, desaliento, marginación y explotación»¹¹⁴.

Los parias del proletariado

La reforma de la ley de extranjería de 1986 (IRCA) institucionalizó nuevos extremos de marginalidad económica y social. Aunque dos millones y medio de inmigrantes, antes indocumentados, adquirieron derechos legales de trabajo y, potencialmente, el derecho a la ciudadanía, otros varios millones que no consiguieron reunir los requisitos necesarios para la amnistía o que llegaron después de la fecha límite se convirtieron en parias criminalizados. «Para mis informantes», afirma Mahler, «la IRCA se tradujo en servidumbre hacia los patronos, garantizada por los contratos de aprendizaje, y en terror a ser descubiertos»¹¹⁵. Sus opciones de empleo se han restringido a las cavidades más oscuras y en las que más abunda la explotación de la economía urbana, que incluyen el trabajo textil a domicilio, el trabajo itinerante como jornaleros y la venta ambulante. Y cada vez son más susceptibles de convertirse en sin-techo o de tener que alojarse en barrios de chabolas ilegales, como los que se ocultan en los cañones más recónditos del norte del condado de San Diego, donde los braceros guatemaltecos y mixtecos viven clandestinamente a unos pocos cientos de metros de 750.000 casas con vistas al océano.

Los bajos salarios de los inmigrantes forman un círculo vicioso con los ínfimos niveles de cualificación y la educación inadecuada. Casi la mitad de los latinos de más de veinticinco años de la ciudad de Nueva York carece de un título de educación secundaria, y lo mismo ocurre con el 58 por 100 de los inmigrantes mexicanos adultos de Los Ángeles. La larga jornada laboral, junto a las responsabilidades domésticas abrumadoras y a la penuria a escala nacional en lo que se refiere a clases de educación de adultos, dificulta a la mayoría de los latinos adultos mejorar sus cualificaciones o terminar la educación secundaria. Sus hijos, por otra parte, son las principales víctimas de la masificación y de la falta de personal de los sistemas educativos en descomposición de las grandes ciudades. La crisis de la enseñanza pública, combinada con una pobreza familiar crítica (condición que sufre el 40 por 100 de niños latinos, el mayor índice de todos los grupos étnicos), empuja prematuramente a un número excesivo de adolescentes al mercado de trabajo y, por consiguiente, a una vida de trabajo servil. En 1997 el presidente Clinton reconoció oficialmente que el porcentaje medio de fracasos escolar entre los estudiantes latinos de secundaria, que ascendía a un 30 por 100, constituía nada menos que una «crisis nacional». Una importante investigación sobre las causas del abandono de la escuela por parte de los latinos, basada en entrevistas con setecientos jóvenes de San Antonio que habían dejado los estudios, señaló como causas, con gran acierto, la «falta de programas bilingües y de inglés como segunda lengua, la concentración de hispanos en colegios con altos índices de pobreza, la preparación insuficiente de los profesores y las bajas expectativas que existen entre los profesores, los

¹¹⁴ Mahler, *American Dreaming*, *op. cit.*, p. 3.

¹¹⁵ *Ibid.*

administradores y la sociedad en su conjunto con respecto a los estudiantes hispanos.¹¹⁶.

La contraofensiva anglo

Si, proporcionalmente, son menos los latinos que terminan el instituto, también es cierto que son menos los latinos con un título de secundaria que consiguen acabar la universidad. En la ciudad de Nueva York, por ejemplo, el porcentaje de titulados latinos sigue siendo sólo un tercio del total de titulados asiáticos y blancos no-hispanos¹¹⁷. Por otra parte, existen datos preocupantes en Nueva York y Los Ángeles que revelan que muchos empresarios valoran las titulaciones universitarias de manera desigual en función de la etnia del titulado. Aun en los casos en los que las diferencias de edad, educación y distribución regional están bajo control, los latinos obtienen menores rendimientos de su educación que los blancos no-hispanos. En el área metropolitana de Los Ángeles «la diferencia de ingresos entre un chicano y un anglo con educación superior es mayor que entre un chicano y un anglo cuyo nivel de formación sea ínfimo»¹¹⁸. Al mismo tiempo un estudio centrado sobre Nueva York concluía que la discriminación racial explicaba por lo menos un tercio de las actuales diferencias salariales entre los varones latinos y los blancos —dos tercios en el caso de los varones negros¹¹⁹.

Además, los latinos y los asiáticos están repoblando las grandes ciudades estadounidenses durante una época de máximo reflujo presupuestario por parte de las altas instancias del gobierno. Entre 1977 y 1985, por ejemplo, la contribución federal a los presupuestos municipales disminuyó de un 19 a un 9 por 100 en la ciudad de Nueva York, de un 18 a un 2 por 100 en Los Ángeles y de un 27 a un 15 por 100 en Chicago¹²⁰. Mientras tanto, las asambleas legislativas de cada Estado, dominadas por los barrios residenciales, se han negado obstinadamente a cubrir el déficit. Prefieren, en cambio, desechar los compromisos electorales en materia social, acabar con las políticas de bienestar, cerrar hospitales, reducir el empleo público y reorientar los fondos públicos hacia los barrios residenciales. En el caso de California, por lo menos, esta contraofensiva se ha llevado a cabo a través de una serie de plebiscitos reaccionarios, empezando por la escandalosa iniciativa de revuelta fiscal de Jarvis, en 1978 (Proyecto de ley 13), y continuando con las iniciativas más recientes de derogación de los derechos sociales de los inmigrantes (Proyecto de ley 187, invalidado por los tribunales), de las medidas de discriminación positiva a escala

¹¹⁶ Véase Heather Knight, «Graduation Rates Rise for Blacks, Whites, Not Latinos», *Los Angeles Times*, 1 de agosto de 1997; Department of Health and Human Services, «Hispanics Statistics», marzo de 1998; y National Center for Educational Statistics, «Dropout Rates in the United States: 1995», NCES 97-473, julio de 1997.

¹¹⁷ Moss *et al.*, *Immigration Is Transforming New York City*, p. 2.

¹¹⁸ Rebecca Morales y Paul Ong, «The Illusion of Progress: Latinos in Los Angeles», en *Latinos in a Changing US Economy*, editado por Rebecca Morales y Frank Bonillo, Newbury Park, 1993, p. 74.

¹¹⁹ Edwin Meléndez, «Hispanics and Wage Inequality in New York City», en *Latinos in New York City*, editado por Haslip-Viera y Bayer, pp. 191 y 197.

¹²⁰ Mike Davis, «Who Killed Los Angeles? Part One», *NLR* 197, enero-febrero de 1993, pp. 3-28.

estatal (Proyecto de ley 209) y de la educación bilingüe (Proyecto de ley 226). El electorado blanco, que envejece vertiginosamente, ha arremetido a latigazos contra las oportunidades educativas de esa generación de jóvenes latinos, cuya cualificación para el mercado de trabajo determinará el futuro de la economía de California.

Así pues, desde cualquier punto de vista, la destrucción social provocada por la desinversión en las redes de seguridad urbanas educativas y asistenciales, que ha seguido inmediatamente a la desindustrialización, ha sido enorme¹²¹. La renta familiar media de treinta millones de latinos estadounidenses disminuyó casi tres mil dólares entre 1989 y 1996: la mayor reducción registrada por cualquier grupo étnico desde la Depresión¹²². Aunque, obviamente, la marginalidad económica y la pobreza de los inmigrantes recién llegados están reflejadas en estas estadísticas, los latinos nacidos en Estados Unidos también han perdido una parte importante de terreno. Según un estudio reciente sobre treinta y cuatro grupos étnicos diferentes de todo el área de Los Ángeles (catorce millones y medio de residentes), los varones mexicanos nacidos en Estados Unidos (chicanos) han visto disminuir sus ingresos medios de un 81 por 100 de la renta media de los varones blancos no-hispanos en 1959 a un 61 por 100 en 1990. (Para los varones inmigrantes mexicanos, la caída fue de un 66 por 100 a un 39 por 100; para las mujeres inmigrantes, en relación con los ingresos medios de las mujeres blancas, de un 81 por 100 a un 51 por 100)¹²³. De forma homóloga, la desindustrialización de la ciudad de Nueva York ha acarreado consecuencias catastróficas para una comunidad puertorriqueña cuyo índice de pobreza ascendió vertiginosamente de un 28 por 100 en 1970 a un 48 por 100 en 1988¹²⁴. Frente a tales desigualdades flagrantes y en aumento, la búsqueda de un mayor poder político y económico se ha convertido en un imperativo categórico para las poblaciones latinas urbanas.

En busca de poder

Los latinos, y en esto están de acuerdo todos los autoproclamados expertos políticos, constituyen el dragón dormido de la política estadounidense. Los miembros de este grupo étnico, a excepción de los cubano-americanos de Miami, están grotescamente privados de derechos civiles en todas las principales áreas metropolitanas. Más de ocho millones de adultos, de una población latina nacional en edad de votar de 18,4 millones en 1996, carecen de derechos de ciudadanía. En consecuencia, muchos distritos electorales urbanos se asemejan a los *rotten boroughs* (municipios podridos) del siglo XVIII¹²⁵, con elec-

¹²¹ Véanse las conclusiones en William Clark, «Mass Migration and Local Outcomes: Is International Migration to the United States Creating a New Urban Underclass?», *Urban Studies*, vol. 35, núm. 3, 1998, p. 380.

¹²² Censo de Estados Unidos, comunicado de prensa, «Disparity Between Hispanics-Whites Increases», Washington, DC 1997.

¹²³ James Allen y Eugene Turner, *The Ethnic Quilt: Population Diversity in Southern California*.

¹²⁴ Andrés Torres y Frank Bonilla, «Decline Within Decline: The New York Perspective», en *Borderless Borders*, editado por Morales y Bonilla, p. 108.

¹²⁵ Municipios británicos representados en el Parlamento, pese a no disponer ya de un verda-

torados efectivos de tamaño minúsculo. En uno de los distritos de gobierno de la ciudad de Los Ángeles, por ejemplo, más de dos tercios de los adultos son no-ciudadanos y, en unas elecciones recientes, sólo votó el 2 por 100 de la población. De un modo similar, en la ciudad de Nueva York, sólo un 5 por 100 entre 1.468.876 latinos no puertorriqueños votó en las últimas elecciones a escala municipal¹²⁶. Por consiguiente, los latinos se encuentran extraordinariamente infrarrepresentados en la Administración Pública de la mayoría de los Estados. En Dallas, por ejemplo, pese a que los niños de apellido español constituyen el 44 por 100 del total de población estudiantil, los latinos tienen un único representante en el Consejo Escolar de la ciudad, mientras que los blancos (el 12 por 100 de los estudiantes) tienen cinco¹²⁷.

No obstante, esta larga historia de marginalidad política está llegando definitivamente a su fin. La reciente e inquietante ola de hostigamiento público hacia los inmigrantes, que incluye el referéndum antilatino de California y las demagógicas campañas presidenciales de Ross Perot y Patrick Buchanan en 1996, está provocando una poderosa respuesta latina¹²⁸. Al igual que la gran ola del voto urbano católico y judío de 1928, suscitada por la expansión del Ku Klux Klan en el Norte, el nuevo nativismo ha espoleado a los latinos en su esfuerzo por acceder a la ciudadanía e inscribirse en el censo electoral. De hecho, el proceso de naturalización ha quedado prácticamente colapsado bajo el peso de los dos millones y medio de nuevos solicitantes asiáticos y latinos. Por otra parte, para los mexicanos el camino hacia las urnas electorales estadounidenses se ha allanado gracias a la reciente decisión del Congreso mexicano de aceptar la doble nacionalidad. En 1997 un asombroso número de 255.000 inmigrantes mexicanos adquirió la ciudadanía estadounidense, y batió el anterior récord de naturalización de un único grupo nacional, alcanzado por los italianos en 1944, con la cifra de 106.626 naturalizados¹²⁹.

A resultas de lo anterior, las elecciones de 1996-1998 han supuesto un punto de inflexión para las esperanzas políticas latinas. En 1996, aunque el conjunto de votos disminuyó en un 8 por 100, en una de las elecciones presidenciales con menor participación de la historia de Estados Unidos, la participación latina aumentó en un espectacular 16 por 100 y la inscripción en el censo electoral en un 28 por 100. Aunque los latinos no constituyen todavía más que el 5 por 100 del electorado activo, sus votos están estratégicamente concentrados en los cuatro Estados –California, Texas, Florida y Nueva York– que controlan el grueso de los colegios electorales¹³⁰. Por lo general, suele admitirse que el

dero cuerpo electoral. Hasta la Ley de Reforma de 1832, por la cual estos municipios quedaron sin representación en el Parlamento, la elección de un representante estaba en manos de una sola persona o familia y rara vez fue impugnada. [N. de la T.]

¹²⁶ Véase *Los Angeles Times*, 2 de febrero de 1998; y Clifford Levy, «New York City's Hispanic Voters Emerge as a Powerful and Unpredictable Force», *The New York Times*, 8 de noviembre de 1997.

¹²⁷ Barry Shlachter, «Public Caught in Dallas Schools' Meltdown», *Fort Worth Star-Telegram*, 23 de septiembre de 1997.

¹²⁸ Mike Davis, «California Über Alles?», *Covert Action* 52, primavera de 1995; y «The Social Roots of Proposition 187», *NACLA*, noviembre-diciembre de 1995.

¹²⁹ *Los Angeles Times*, 1 de enero de 1998.

¹³⁰ *Los Angeles Times*, 8 de noviembre de 1996.

elevado número de votos latinos permitió a Clinton derrotar a Dole en Florida y en Arizona, tradicional baluarte republicano donde una iniciativa *English Only*¹³¹ escandalizó a los residentes mexicanos e hizo posible que los demócratas tomaran las riendas del Estado por primera vez desde 1948¹³². Entretanto, la estridente cruzada contra los inmigrantes del gobernador Pete Wilson en California ayudó a incrementar el voto latino de un 7 a un 14 por 100 del total. En las elecciones presidenciales, Clinton obtuvo un resultado espectacular en San Gabriel Valley, Los Ángeles, zona con la mayor concentración de voto exclusivamente latino de la nación. En 1998 un representante de este valle en Sacramento, el liberal convencido Antonio Villaraigosa, accedió a la presidencia de la Asamblea de California. Pero aún más escandalosa para los conservadores vetustos fue la derrota del diputado ultraderechista Robert Dornan frente a la demócrata latina Loretta Sánchez en el condado de Orange.

Tensiones negros/latinos

Por otra parte, en 1996, en la ciudad de Nueva York y en Los Ángeles, la participación electoral latina superó a la negra por primera vez en la historia¹³³. Aunque parezca mentira, este avance decisivo del voto latino urbano, tan inquebrantablemente demócrata, con la salvedad de los cubanos, en la mayor parte de las elecciones nacionales ha merecido los vítores de los perspicaces estrategas políticos republicanos, quienes estiman que las crecientes reivindicaciones políticas de los latinos no pueden sino fomentar la fragmentación y el debilitamiento del Partido Demócrata. La antigua coalición por los derechos civiles entre los negros y los latinos, creada por primera vez durante las campañas progresistas de la década de 1940 y revitalizada por Jesse Jackson en la década de 1980, se derrumbó por completo en todo el país durante la década de 1990. A medida que la saga fiscal ha ido estrangulando los presupuestos municipales, las comunidades latinas, cada vez más predominantes demográficamente, con hambre de un mayor control sobre los colegios y el empleo público, se han visto atrapadas en una guerra cada vez más encarnizada con los líderes locales negros, que se han mostrado poco dispuestos a compartir las conquistas que tan duramente consiguieron¹³⁴. La fricción política creciente entre los latinos y los negros, a diferencia de toda competencia puramente

¹³¹ Iniciativas públicas, conducidas por la ultraderecha republicana anglo, en pro de medidas legislativas que sancionen la primacía del inglés como única lengua en la enseñanza y en la Administración. [*N. de la T.*]

¹³² Maurillo Virgil, «Hispanics and the 1996 Presidential Election», *Latino Studies Journal*, vol. 9, núm. 1, invierno de 1998, p. 57.

¹³³ Véase Levy, «New York City's Hispanic Voters Emerge as Powerful and Unpredictable Force»; y William Schneider, «Shattering an Urban Liberal Coalition», *National Journal*, 19 de abril de 1997, p. 790.

¹³⁴ Para un análisis del peor de los pronósticos posibles sobre las relaciones negros/latinos (Compton, California), véase Mike Davis, «The Sky Falls on Compton», *The Nation*, vol. 259, núm. 8, 19 de septiembre de 1994. Sobre la violencia permanente entre pandillas de negros y latinos, véase mi «Los Angeles on the Edge of Ethnic Cleansing», en *Casino Zombies and other Essays from the Neon West*, Berlín, de próxima aparición; y Ron Russell y Víctor Mejía, «City of Fear» [Hawaiian Gardens], *New Times*, 12-18 de febrero de 1998.

mercantil, ha abierto las puertas, a su vez, a un renacimiento neo-republicano en los ayuntamientos de la ciudad de Nueva York y de Los Ángeles.

Rudolf Giuliani y Richard Riordan representan, sin duda, una política pragmática y no ideológica, tan idónea para muchos liberales blancos hastiados como desagradable para los conservadores recalcitrantes. A la par que el alcalde de Chicago James Daley Jr. (un demócrata), han logrado crear coaliciones victoriosas entre poblaciones blancas en declive –blancos étnicos¹³⁵ en Nueva York y Chicago; habitantes del área residencial de San Fernando Valley con aspiraciones secesionistas en Los Ángeles– y una masa crítica de votantes latinos y otros nuevos inmigrantes. En sus campañas electorales, los tres explotaron con habilidad el descontento de los latinos ante el fracaso de la cohabitación durante la administración de los alcaldes negros de la década de 1980 y de principios de 1990¹³⁶. En consecuencia, los afroamericanos han visto cómo las puertas del poder se les cerraban de hecho en las tres ciudades más grandes de Estados Unidos. Los latinos, según el pronóstico asumido por muchos seguidores blancos de Rudy y Dickey, son los sepultureros del arrogante poder negro en la política local.

Sin embargo, estas atroces coaliciones posliberales ofrecen magras recompensas a los líderes latinos y prácticamente nada a sus electores más pobres. El avance étnico en la política municipal ya no proporciona el mismo tipo de botín económico que a principios del siglo xx. Despojar a los negros de su capital político acumulado –por ejemplo, de los empleos protegidos, las contrataciones municipales, etc.– crearía una división hostil durante generaciones enteras, con poco o ningún beneficio para la amplia mayoría de los latinos. De modo similar, la negativa intransigente a compartir el poder con los latinos se ha convertido en una trayectoria electoralmente suicida para la política negra.

Política electoral y poder económico

Hasta en Los Ángeles, donde los mexicano-americanos pronto tendrán la suficiente fuerza numérica para redactar su propio programa electoral, la parálisis política y estructural ha quedado claramente manifiesta. Aunque su creciente fuerza electoral pueda limar el extremismo antiinmigrante, los latinos están muy lejos de detentar el tipo de poder político a escala metropolitana o nacional susceptible de generar nuevas inversiones sociales en los agonizantes sistemas escolares de las ciudades o en los pequeños negocios asediados. Tal y como les sucedió a los afroamericanos antes que a ellos, el orgullo y el entusiasmo de elegir cargos públicos de apellido español rápidamente cede el paso al desencanto y a la desorganización cuando la euforia electoral entra en colisión con la mezquina realidad presupuestaria del gobierno local.

¹³⁵ Poblaciones estadounidenses blancas, todas ellas de raíz europea, pero de diversos orígenes étnicos (eslavos, italianos, anglosajones, germanos, etc.). [N. de la T.]

¹³⁶ Véase John Betancur y Douglas Gills, «Blacks and Latino Political Conflict in Chicago», y William Sales y Roderick Bush, «Blacks and Latino Coalitions: Prospects for New Social Movements in New York City» en *Race and Politics: New Challenges and Responses for Black Activism*, editado por James Jennings, Verso, Londres, 1997. También William Schneider, «Shattering an Urban Liberal Coalition», *National Journal*, 19 de abril de 1997.

Tal y como aconteciera en las décadas de 1930 y 1960, la reforma sustancial de todo el sistema político depende menos de las maniobras electorales que de los recursos y solidaridades generadas independientemente por la movilización social en los barrios y en los lugares de trabajo. Y, sin denigrar la importancia de las luchas locales en torno a la vivienda, las escuelas, la contaminación, la aplicación de la ley y el transporte público, el sindicalismo sigue siendo la mejor esperanza para la mayor parte de las comunidades urbanas latinas de obreros descualificados. No obstante, también aquí nos encontramos con un legado de frustración. Durante décadas la burocracia del movimiento obrero hizo poco más que alabar hipócritamente el objetivo de organizar la creciente fuerza de trabajo latina. Los homenajes lacrimógenos al heroísmo moral de César Chávez en los encuentros de Bal Harbor de la AFL-CIO [Federación Americana del Trabajo - Congreso de Organizaciones Industriales] venían acompañados de una actitud de no interferencia supuestamente bienintencionada hacia los trabajadores latinos en las federaciones sindicales estatales y municipales.

Los puertorriqueños de los sectores textil y hospitalario de Nueva York han tenido experiencias particularmente amargas de pago de cuotas a sindicatos que se han negado a luchar por las reivindicaciones más elementales de las bases. Los mismos sindicatos, antaño militantes, que emanciparon a los trabajadores judíos a principios del siglo xx fueron cómplices de mantener a los latinos atrapados durante décadas en *sweatshops* con salarios ínfimos. Aquellos primeros empleos de baja cualificación que habían servido históricamente a los inmigrantes de otras épocas como vías de ascenso hacia empleos más seguros y mejor pagados, fueron reconvertidos en posiciones permanentes de salarios bajos, y esto se llevó a cabo con el consentimiento del *International Ladies Garment Workers Union* (ILGWU) [Sindicato Internacional de Trabajadores del Sector de la Confección de Prendas de Mujer]. Los ingresos reales de la militancia de base del ILGWU, en su mayoría mujeres puertorriqueñas y afroamericanas, cayeron por debajo del umbral de pobreza determinado para las familias de la ciudad de Nueva York entre 1960 y 1965¹³⁷. Así pues, concluye José Sánchez, «el problema de los puertorriqueños consiste en que la pertenencia a un sindicato todavía no se traduce en progreso económico o político. La pobreza y las privaciones económicas que han sufrido los puertorriqueños en la ciudad de Nueva York son una consecuencia del fracaso sindical»¹³⁸.

¡Esto es la guerra!

Sin embargo, desde finales de la década de 1980, los activistas obreros latinos han conseguido avances históricos en la fábrica y en las elecciones sindicales¹³⁹. El condado de Los Ángeles, con quinientos mil trabajadores industriales latinos y un millón y medio de trabajadores latinos en el sector servicios, ha constituido el epicentro de la sublevación más espectacular de la mano de obra

¹³⁷ Grasmuck y Grosfoguel, «Geopolitics, Economic Niches, and Gendered Social Capital», pp. 346 y 348.

¹³⁸ José Sánchez, «Puerto Rican Politics in New York», en *Latinos in New York City*, editado por Haslip-Viera y Baver, p. 295.

¹³⁹ Para el contexto histórico, véase Juan Gómez-Quiñones, *Mexican-American Labor, 1790-1990*, Albuquerque, 1994.

inmigrante desde los primeros tiempos del movimiento de trabajadores agrícolas de César Chávez¹⁴⁰. En efecto, el espíritu desafiante y eufórico de las *buelgas** de la década de 1960 y de principios de la década de 1970 ha resucitado en la metrópoli latina. («¡Esto es la guerra!», coreaban los conserjes infrapagados mientras recorrían las ristras de despachos en ostentosas torres bancarias.) A partir de la campaña de los empleados del sector servicios, con el lema «Justicia para los conserjes», en la zona centro y en los rascacielos de Century City a finales de la década de 1980 y del infame ataque del LAPD [Departamento de Policía de Los Ángeles] contra pacíficos manifestantes sindicales en 1990, California del sur se ha visto sacudida por una oleada de luchas obreras encabezadas por latinos¹⁴¹. Los entusiastas conserjes fueron seguidos por los huelguistas de la *American Racing Equipment Company* en 1990-1991; por los militantes *drywalleros* en 1992, que paralizaron obras en construcción desde Ventura hasta la frontera mexicana; por los trabajadores de Union Spas de Pomona en 1993; de nuevo por los *drywalleros*, unidos a los encofradores, en el condado de Orange en 1995; por los trabajadores del servicio de comedor y limpieza de la Universidad de California del sur en 1995; por los trabajadores de servicios públicos del condado y por miles de transportistas de contenedores del área portuaria en 1996; por los camioneros en huelga de hambre en Price Pfister en 1996; y por los trabajadores de la industria alimentaria en las exitosas campañas contra Mission Guerrero Tortillas entre 1996 y 1997 y contra Farmer John en 1998¹⁴².

El área de Los Ángeles se ha convertido en el centro de I+D del sindicalismo estadounidense del siglo XXI. Un célebre ejemplo de ello lo constituye la extraordinaria red de solidaridad pan-pacífica forjada durante la encarnizada lucha de seis años de camareras y fregaplatos mexicanos y centroamericanos por conseguir reconocimiento sindical ante el gigantesco emporio japonés de la construcción, Kajima, propietario del ostentoso New Otani Hotel en el centro de Los Ángeles. Además del formidable apoyo de los activistas de la comunidad del Pequeño Tokio –veteranos de largas batallas contra el aburguesamiento promovido por las grandes compañías–, los trabajadores latinos han

¹⁴⁰ Véase David Bacon, «Putting L. A. on the Map», *Village Voice*, 19 de marzo de 1996; y Goetz Wolff, «The Making of a Third World City: Latino Labor and the Restructuring of the L. A. Economy», inédito.

¹⁴¹ Catherine Fisk, Daniel Mitchell y Christopher Erickson, «Union Representation of Immigrant Janitors in Southern California», ponencia incluida en «Immigrants and Union Organizing in California».

¹⁴² El periodista David Bacon, especialista en temas laborales, ha escrito una buena cantidad de sagaces artículos que cubren tanto el renacimiento obrero en California del sur como los primeros despertares del sindicalismo independiente en las *maquiladoras* de la frontera. Además, véase Héctor Delgado, *New Immigrants, Old Unions: Organizing Undocumented Workers in Los Angeles*, Filadelfia, 1993; y «The Los Angeles Manufacturing Action Project: Lessons Learned, An Opportunity Squandered?» (sobre la campaña organizativa de los trabajadores de empresas de tortillas); José Vadi, «From “Scabs” to Pathfinders: Militant Latino Workers in Southern California and Global Economic Restructuring», artículo presentado a la Western Social Science Association, Albuquerque, abril de 1994; SEIU, *A Penny for Justice: Janitors and L.A.’s Commercial Real Estate Market*, Los Ángeles, 1995; y Mike Davis, «Trojan Fortress», (sobre la lucha en la Universidad de California del sur), *LA Weekly*, 1-7 de diciembre de 1995.

establecido estrechos lazos con ancianos chinos supervivientes de una masacre de trabajadores esclavos en la Kajima, perpetrada en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, y con algunos sindicatos japoneses progresistas. Igual novedad presenta el Sindicato de Usuarios de la red de Autobuses bilingüe de Los Ángeles, promovido por el Centro de Estrategias de Trabajo Comunitario, que ha organizado a cientos de residentes de la zona centro de la ciudad en manifestaciones militantes y ha abierto un proceso legal histórico contra el racismo en el gasto público en transportes¹⁴³.

*La lucha 2000**

Con el apoyo de los grupos a favor de los derechos de los inmigrantes, del clero afín a la teología de la liberación, de los estudiantes universitarios latinos y de otras comunidades de color, estas campañas de nuevo tipo han abrumado a los empresarios con un repertorio táctico innovador que incluye cine y teatro de guerrilla, arte público, un vengador de los trabajadores, enmascarado y con capa (*Mopman* [Mopaman]), «fotonovelas» sindicalistas en español, exposiciones colectivas, interrupción de plenos de accionistas, desobediencia civil masiva (desde sentadas en despachos hasta cortes de autopistas), piquetes frente a las casas de los jefes o frente a la oficina central de la compañía (inclusive en Japón), delegaciones comunitarias, huelgas de celo, fiestas y marchas unitarias y cercos en torno al ayuntamiento realizados con cientos de grandes camiones, así como con las tradicionales líneas de piquetes y a través de boicots¹⁴⁴. Por otra parte, esta explosión de energía de base permitió a un bloque de sindicatos progresistas de trabajadores de la función pública y del sector servicios, con una militancia mayoritariamente latina o negra y latina, arrebatar el control de la Federación del Trabajo del condado de Los Ángeles de manos de las conservadoras secciones sindicales de la construcción, dominadas por los blancos. El nuevo secretario y tesorero latino de la Federación, Miguel Contreras, es, como razonablemente cabía esperar, un veterano organizador del sindicato de trabajadores agrícolas de César Chávez. Los éxitos de las campañas en Los Ángeles han proporcionado, además, poderosos argumentos a aquellos miembros del AFL-CIO que están presionando para conseguir mayores compromisos en el sentido organizativo y financiero para la organización de la nueva clase trabajadora latina.

Por último, la sublevación obrera latina en Los Ángeles está tejiendo una nueva coalición política en torno a la campaña por un «salario mínimo de subsistencia» metropolitano. En 1997 el Consejo Municipal de Los Ángeles, encabezado por la veterana activista y profesora Jackie Goldberg, desafió al alcalde Riordan y se sumó a otra docena de ciudades, entre ellas San Francisco y Baltimore, en la aprobación de un decreto de «salario mínimo de subsistencia» para los trabajadores con contrato municipal¹⁴⁵. No se trata de un gesto simbólico: esta ley ha creado un nuevo marco y un nuevo estándar salarial para la organización

¹⁴³ Mike Davis, «Runaway Train Crushes Buses», *The Nation*, 18 de septiembre de 1995; y «Kajima's Throne of Blood», *The Nation*, 12 de febrero de 1996.

¹⁴⁴ Rachel Sherman y Kim Voss, «New Organizing Tactics and Immigrant Workers», ponencia incluida en «Immigrants and Union Organizing in California».

¹⁴⁵ Chicago Institute on Urban Poverty, *The Living Wage: In the Public Interest*, Chicago, 1996.

en toda la región. Inclusive la Cámara de Comercio se ha visto ahora obligada a debatir soluciones a esta situación de pobreza, distribuida de tal forma que recuerda a las sociedades de castas, en la que se encuentran atrapadas tantas decenas de miles de hogares trabajadores: los activistas sindicales han repetido insistentemente el mensaje de que la militancia laboral es la única alternativa moral viable a las explosiones de rabia y frustración fruto de la pobreza al estilo de la revuelta de Rodney King de 1992¹⁴⁶. En efecto, estos activistas sostienen que las economías urbanas «postindustriales», pese a los juicios sombríos de tantos teóricos urbanistas, pueden ser reestructuradas con éxito a través de la negociación colectiva en defensa del salario mínimo de subsistencia (ya que no a través de una vuelta al paraíso perdido del «fordismo» de posguerra). Afirman también que la organización de clase en el puesto de trabajo constituye la estrategia más poderosa para asegurar la representación política de los derechos socioeconómicos, así como culturales y lingüísticos de los latinos.

¹⁴⁶ Para un punto de vista elocuente a este respecto, véase Edna Bonacich y Richard Appelbaum, *Behind the Label: Inequality in the Los Angeles Apparel Industry*, Berkeley, 1999.